

Olímpica

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS
(1962)

PERSONAJES

La niña CASI, de 11 años
UN VOCEADOR de periódicos, adolescente, que será también el SACRISTÁN, el muchacho que escucha la sinfonía y el que toca el cilindro
La señora SOBREVALS, *inválida en su cama, dueña de la casa de los protagonistas*, 53 años.
CUCA SOBREVALS, *hija de la anterior*, 37 años, soltera
ADELINA (LILÍ) PONS, *modista*, 51 años
EDUARDO (EDDY) PONS, *estudiante, hijo de la anterior*, 23 años
DON MANUEL (el Duque), *burócrata y poeta*, 60 años
CATALINA (CATITO), *partera*, y MARGARITA (MAGUITO), *bordadora, hermanas y solteras*, 39 y 43 años, respectivamente
MINERVA, *profesora normalista*, 35 años
RAMÓN, *cuñado de Minerva, viudo y alcohólico*, 33 años
LOS ATRIDAS, *limosneros, hombres entre los 40 y 50 años*
LIBITINA, EUFROSINA Y FEDRA, *mujeres ociosas y desocupadas, la tercera es muda*, 28, 25 y 24 años
DIÓGENES, *policia*, 56 años
EL LICENDIADO Y SU AYUDANTE
LAS MUJERES QUE VAN A LA IGLESIA
LOS AMBULANTES
VOCES

La acción sucede en el pequeño jardín que, sobre la avenida Hidalgo, está frente al lado norte de la Alameda Central. A la derecha, la iglesia de san Juan de Dios, donde se venera a san Antonio; frente de ella la iglesia de la santa Veracruz y, en el fondo de la escena, un callejón angosto, central, en perspectiva. A la derecha de este callejón está el Hospital de la Mujer y a la izquierda, en la esquina, un restaurante de nombre "El Paraíso" y las casas de los protagonistas: vecindad de principios de siglo, con dos plantas de paredes frontales que se volverán transparentes con la iluminación interior.

En este lugar estuvo funcionando hasta el año de 1950 y tantos el mercado de flores especializado en coronas fúnebres.

Es un día martes, cuando acostumbran numerosas mujeres hacer el pedimento de un esposo a san Antonio.

México, D. F. Época actual

ACTO PRIMERO

Escena a oscuras, se ilumina con luz de vela el zaguán entreabierto de la casa de los protagonistas: llega la niña Casi con un pequeño candelero y se detiene a la puerta. Va vestida con un camisón y dice, como rezando, todavía somnolienta:

CASI.- Cuideme yo de pronunciar mentiras y así veré mi espíritu rebosante de gozo.

Apártense de mi mente los maleficios de la fantasía y con la luz del día iré descubriendo la verdad de la vida poco a poco.

Puesto que mi voz es un espejo pendiente de las imágenes

que cruzan por enfrente de mí y a mis espaldas, a mi derecha y a mi izquierda, como montañas de nubes que producen rayos y centellas,
Ángeles y arcángeles
querubines y serafines.
Así sea.

Irrumpe el Voceador empujando un carrito de baleros cargado de grandes paquetes de periódicos; mientras habla irá cruzando el proscenio como pregonando noticias o números de lotería, para perderse por el lado contrario.

VOCEADOR.- Obra de teatro. Insistencia número quinientos tres al cubo. Género: E-PI-TAFIAL, en la que están a merced de los presentes las penalidades colectivas como amenazas al rojo vivo. Ya llega el cortejo de los paladines, ya se oyen los claros clarines, el convoy de las hocas soledades, las parvadas desolladas, las corolas abiertas a la salud de la vida. ¡Salud! (Inicia otro pregón.) Tres caídas, tres mil caídas, trescientos millones de caídas, trescientos mil millones de caídas, etcétera. (Pregonando.) Porque las calidades humanas solamente se elevan para hacernos tropezar, porque las calidades humanas se han elevado como las fronteras de los pueblos, en medio de los alaridos de la multitud. (Transición. Con marcada agudeza.) Y también por eso este asunto es un "asunto de amor". (Con euforia.) ¡Aquí está el amor! ¡El amor! ¡El amor! ¡Ya salió la Extra! ¡Aquí está el amor! ¡El gordo de la de hoy a quien lo encuentre! ¡La más elevada recompensa a quien denuncie tan sólo un leve rastro del escondido amor! ¡Atención que cualquiera de ustedes puede salir de pobre sin llegar al epílogo! (Alejándose.) Con cuidado... Con suerte... Con cuidado y buena suerte...

Al salir de escena el Voceador hace una pausa y la niña se adelanta hasta el proscenio; se sienta, la vela deberá iluminarla convenientemente; la música estará preparada para entrar en cuanto la

niña lo marque. Conforme que las acotaciones correspondientes lo indiquen, se irán iluminando las áreas en la presentación de los personajes y éstos deberán dejar la impresión de una composición cuyas partes han adoptado posturas fotográficas pasadas de moda. La escena final del parlamento quedará totalmente iluminada. Son las primeras horas de la mañana.

CASI.- En la más bonita ciudad de todas las que conozco ocurre esta historia. Ciudad grande, con sus colores vivos como en tarjeta postal, lustrosa y llena de gente. En ella nació yo y también mis padres: yo, una tarde de hace once años y mis papás mucho antes. Aunque no somos de los más sobresalientes en lo que aquí sucede, ni buscamos el amor ni cosa que se le parezca, sí resultamos ser muy conocidos pues nos llevamos bien con todos a pesar de que algunos se molestan porque no hemos aprendido a mordernos la lengua. Ni modo. Sino que estamos acostumbrados a llamar a las cosas por su nombre.

Ocupamos el departamento del fondo de esa casa de la que es dueña la señora Sobrevals, la que ha estado agonizando últimamente y casi toda su vida. Son ella y su hija Cuca, la pobre. (*Luz al interior de la casa habitación donde se ven una cama de metal con la señora Sobrevals recostada entre grandes cojines y a su hija Cuca, que se dispone a salir llevando un bacín cubierto con un paño. Las dos, estáticas.*)

Arriba, en el ocho, vive doña Adelina Pons con su hijo al que le dicen Eddy porque está estudiando inglés, y me parece que ellos sí son los de las importancias, y no porque tengan el único balcón precisamente... (*Al referirse al estudio inglés, luz al interior del departamento de Adelina, que va ataviada con una gran bata floreada y tiene expresión facial de cierto patetismo, reforzada con un ademán turbulento. Eddy mantiene una actitud de enojo reprimido.*)

Otro, y muy distinguido, es don Manuel, que escribe versos y al que le dicen de cariño el Duque (*el Duque lleva pantuflas, va en mangas de camisa y boina vasca, porta un pequeño trasto de peltre*), en el once, frente a Catito y Maguito que no salen de misa y que parecen ser muy buenas por eso, aunque... (*Las dos mujeres frente al Duque, con sus vestidos ramplones y sus velos de misa.*) De todos modos la que mejor me cae es la seño Minerva (*maestra normalista ciento por ciento*) tan entera, como dice mi mamá, y con la pena de su cuñado, el tal Ramón (*luz a los pies calzados de Ramón, zapatos gastados y polvorientos*), siempre tirado de borracho dondequiera, según corre la voz que por motivo de su mujer, que le mató los hijos y luego se mató ella tragando brasas de lumbre encendida hasta achicharrarse de venganza. Dios nos libre.

En la casa de todos esos y nosotros (*percusiones sucesivas*), y también los árabes de

“El Paraíso” (*Luz a una mesa con cacerolas de aluminio de diferentes tamaños, en la accesoría del restaurante.*) Afuera pasan muchas gentes porque a la derecha está la iglesia de san Juan de Dios, con su san Antonio bendito, y a la izquierda, la de la santa Veracruz y, en el lado costado de nuestra casa un sanatorio al que le pusieron Hospital de la Mujer. (*Suspendido un letrero que lleva el título, sobre del marco de un zaguán.*) A la puerta de San Juan se sientan, principalmente los martes, que es el día del pedimento (*luz a una pequeña escalinata*), una runfla de limosneros de los pobres a los que el Duque les puso los Atridas, quién sabe por qué, y, enfrentito, tres locales, que es rara la ocasión que se portan decentes. (*Entran Libitina y Eufrosina a sentarse en áreas izquierdas. Sale la música. Libitina viste un vestido del que penden varias coronas fúnebres; las dos llevan sacos con enseres domésticos viejos. La niña Casi se dispone a concluir el parlamento para salir.*)

Ésos son los personajes que yo conozco, muy pocos comparados con los que sufren por aquí todos los días, sin contar los de los camiones o los de los tranvías. Gente buena, como dice mi papá, pero de lo que piensen o sientan sólo Dios y el Diablo. Y únicamente sé que parecen dichosas, aunque a veces me despiertan a medio anochecer con sus lloridos como pitidos de las cruces rojas; quizá porque se acuerden que en este lugar, antes de ser jardín, se vendían coronas de muerto. (*Suena el timbre de un despertador y la voz de la madre de Casi, que le dice:*)

VOZ DE LA MADRE.- ¡Casandra, levántate ya por la leche!

CASI.- (*Saliendo.*) Ahorita, mamá.

Ruidos de actividad que se inicia, las mujeres cruzan al interior y el Duque va por su jugo de naranja. Eufrosina y Libitina permanecen en escena colocando cacharros y demás objetos que sacan de sus morrales perdidos.

EUFROSINA.- (*Dedicada a sus menesteres.*) Oye, Libitina, ¿te fijaste la escuincla esa cómo hablaba de nosotras?

LIBITINA.- (*Ídem.*) Déjala, así le ha de ir.

EUFROSINA.- (*Inconforme.*) No, ¿por qué se mete?

LIBITINA.- (*Justificándola.*) Está trastorna.

EUFROSINA.- Sí... Como la Felipa esa.

LIBITINA.- (*Con extrañeza.*) ¿La Felipa?

EUFROSINA.- (*Animándola.*) Sí, la trastorna.

LIBITINA.- (*Deja de hacer.*) ¿Cuál dirás?

EUFROSINA.- Esa que arrastra al hijo.

LIBITINA.- (*Muy curiosa.*) ¿Al hijo?

EUFROSINA.- La que se anda por Nonoalco levantándose el vestido.

LIBITINA.- (*Afirmando.*) La cusca...

EUFROSINA.- No, la trastorna.

LIBITINA.- Será la de la chamarra de cuero; que está pelona.

EUFROSINA.- (*Con precisión.*) Ésa.
 LIBITINA.- (*Fijando la imagen.*) ...por Nonoalco. (*Rectificando.*) Pero no se llama Felipa sino Federica, pero le dicen Fedra.
 EUFROSINA.- (*Celebrando la humorada.*) Ja, ja, ja... Ora que Fedra...
 LIBITINA.- (*Convincente.*) Así se llama, si la bautizaron en el Consulado mucho antes que lo taparan. Si se cambió a Felipa, sus razones le pesarán.
 EUFROSINA.- (*Explicándose.*) La trastorna... (*Transición.*) Pero Fedra, ¡qué nombre!
 LIBITINA.- Pues tú con Eufrosina, ¡qué amorosa!
 EUFROSINA.- Y tú con Libitina... y luego Fedra...
 LIBITINA.- (*Explicándole todo.*) Por trastorna.
 EUFROSINA.- Sí. (*Siguen.*)
 DIÓGENES.- (*A las anteriores, con simpatía.*) ¿Qué tal mis ninfas? Siempre tan madrugadoras.
 LAS DOS.- (*Pareciendo amables.*) Buenos días, don Diogenito.
 DIÓGENES.- ¿Se me van a portar bien?
 LAS DOS.- Nosotras siempre, don Diogenito.
 DIÓGENES.- (*Advirtiéndoles.*) Ya pasé por el refugio... (*Se refiere al refugio de mendigos, prostitutas, drogadictos y demás desamparados que estuvo funcionando durante años en el edificio de lo que fue la Agencia Alcázar.*)
 LAS DOS.- (*Con temerosa expresión.*) ¿No nos diga, no nos diga?
 DIÓGENES.- Ustedes son muy rebeldosas.
 LAS DOS.- (*Idem y acuciosas.*) No es eso, no es eso, sino que, sino que...
 DIÓGENES.- (*Tratando de convencerlas*) Allí por lo menos se cobijan.
 LAS DOS.- (*Id.*) ¡Cómo no!
 DIÓGENES.- (*Id.*) Bajo de techo es mejor.
 LAS DOS.- (*Id.*) ¡Cómo no!
 DIÓGENES.- ¿Qué?, ¿les hacen mala cara?
 LAS DOS.- (*Comprometidas.*) No es eso, no es eso, sino que, sino que...
 DIÓGENES.- (*Intrigado.*) ¿Qué?
 LAS DOS.- (*Evasivas.*) Sino que nada.
 DIÓGENES.- (*Poco irritado.*) ¡Cómo!
 EUFROSINA.- (*Precipitadamente.*) Sino –que – espantan – los muertos – ay – ay – ay.
 LIBITINA.- (*Próxima al terror.*) Ahí se duerme como en caja.
 DIÓGENES.- (*Comprensivo.*) Ah, qué ustedes, si por eso las quitaron.
 LAS DOS.- (*Obsesivas.*) ¡No le hace!
 DIÓGENES.- (*Bromeando.*) Pues si siguen así se las van a arrear al maniquíur.
 EUFROSINA.- (*Aterrorizada.*) ¡Ay, Jesús! (*A su amiga.*) ¿No se lo dije, Libita?
 LIBITINA.- (*Id.*) ¡Mejor muerta, mejor muerta! (*Las dos lloran copiosamente.*) ¡Corazón del amador!
 EUFROSINA.- (*Id.*) ¡Déjese morir de risa!
 LAS DOS.- (*En el delirio.*) Ja, ja, ja, ja, ja...
 DIÓGENES.- (*Tranquilizador y tratando de que las cosas no pasen a mayores.*) Ya, ya, ya, no es

para tanto. Tan crecidas y tan emotivas. No se crean, que al fin de cuentas siempre las protege Dios.

LAS DOS.- (*Recobrando la tranquilidad.*) Ja, ja, ja, de veras, ja, ja...

DIÓGENES.- Esas cabecitas, esas cabecitas...

Por el lado contrario arriban los Atridas camino de las escalinatas del templo de san Juan de Dios. Todos son muy pobres y llevan en sus caras las huellas más ostensibles del mundo del dolor, caminan con cierta dignidad no exenta de arrogancia.

DIÓGENES.- (*Reparando en su presencia e irritado.*) ¡Ey, ustedes!, ¿qué se traen, no les parece temprano?

LOS ARTIDAS. (*Con digna humildad.*) Venimos rendidos desde Nazareth, somos carpinteros de nombre José.

DIÓGENES.- (*Molesto.*) ¡No me importa el nombre y váyanse de aquí!

LOS ARTIDAS.- (*Con cierta dolencia.*) No seáis inhumano, tennos caridad.

DIÓGENES.- ¡Bah!

EL DUQUE.- (*Interrumpiendo y en parnasiano desplante. Porta su trasto con jugo de naranja.*) ¡Que el Dios de los cielos os lo premiará!

EUFROSINA Y LIBITINA.- (*Con júbilo y aplaudiendo.*) ¡Viva el poeta!

EL DUQUE.- (*Dominando la situación, al policía.*) ¿Qué pasa, mi autoridad, mi diógeno amigo?

DIÓGENES.- (*Justificándose.*) Nada, sino que éstos cada día son mas abusivos.

EL DUQUE.- (*Compasivo.*) Y, ¿qué van a hacer?

DIÓGENES.- ¿Qué voy a hacer yo si se le ocurre pasar a la vigilia?

UN ATRIDA.- (*Con desazón.*) Hoy es martes.

EL DUQUE.- (*Confirmando.*) Sí, hoy es martes y trece.

LOS ATRIDAS.- (*En solemne coro.*) Hoy es martes trece: Trece martes caídos, trece martes que mueren.

EUFROSINA.- (*Alarmada, a Libitina.*) ¿Hoy es martes?

LIBITINA.- (*Con desconcierto.*) Dicen...

EL DUQUE.- (*Convenciendo a Diógenes.*) A la bondad del Señor hay que sorprenderla lo más temprano posible.

DIÓGENES.- (*Rindiéndose.*) Al que madruga Dios lo ayuda, ¿no?

EL DUQUE.- (*Oficioso.*) Le invito un juguito.

DIÓGENES.- (*Con aparente resistencia.*) No se sienta forzado...

EL DUQUE.- (*Acentuando la atención.*) De ninguna manera.

DIÓGENES.- (*Complacido.*) Usted es muy decente, Duque.

EL DUQUE.- (*Añorante.*) Residuos de otros modos, pero vamos. (*Inician el mutis.*)

DIÓGENES.- ¿No escribió nada anoche?
EL DUQUE.- (Con satisfacción.) ¡Cómo no!,
escuche (ampuloso):
Oh, blanca alcoba de mi bien amada
¡cómo al sentirte el corazón palpita!

Salen.

LOS ATRIDAS.- (Con eterna dolencia, en coro.)
Con el nombre de Dios me levanto
y con el nombre de Dios me recuesto,
mientras, al cuerpo se le va en soportar:
las angustias de la carne,
los golpes del infortunio,
injusticias y calamidades que llaman a
la puerta del Señor.
Tanto quebranto,
tanta desdicha,
tanta opresión
y Dios tan silencioso o tan indiferente
a mi tristeza.

UN ATRIDA.- (Elevando sus manos y con
humildad.) Por el amor de Dios.

LOS ATRIDAS.- (Id.) ¿Qué será mejor que
seguir vivos?, si vivir llamaremos a este morir
continuo y repentino, a este viaje que tuerce los
sentidos y nos aleja de Dios.

UN ATRIDA.- (Conforme.) Bendito sea Dios.

LOS ATRIDAS.- (Id.) ¿Qué esperamos? (Unos a
otros.) ¿Qué memorias conservas de tus padres?
(Id.) ¿Qué intereses resguardas? (Id.) ¿Qué clase
de compañías te has procurado? (Id.) ¿Adónde
está la nobleza de tu corazón? (Amargamente.)
Nací para arrastrarme entre el cielo y la tierra.

UN ATRIDA.- (Resignado.) Amén.

*Eufrosina y Libitina los han estado observando e
inician un canto alternado sin dirigirse a ellos:*

EUFROSINA Y LIBITINA.- (Muy ridículas.)

¡Qué de muecas!
¡Cuánta pantomima!
¡Tienen hecha jirones su existencia!
¡Su tiste vida! ¡Su malhaya suerte!
¡Cómo sufren! ¡Cómo lloran!
¡Cómo no se mueren de una buena vez!

UN ATRIDA.- (Patético.) ¡Para el Ánima Sola,
para el Ánima Sola!

LIBITINA.- (Conmovida.) Para el Ánima Sola sí,
que ése es el santo de mi devoción. (Cruza a dar
la limosna.)

EUFROSINA.- (Levantando los hombros.) El mío
no.

LIBITINA.- (Llegando al Atrida.) A ver. (Le da.)

EL ATRIDA.- Dios la habrá de socorrer.

LIBITINA.- (Burlándose.) ¡Cómo no! (Vuelve a su
sitio.)

*Por el portón de la iglesia asoma el Sacristán y
se dirige a los Atridas.*

SACRISTÁN.- (A los Atridas.) ¿Cuántos son
ahora para que le saque el desayuno?

UN ATRIDA.- Hoy somos nueve no más.

SACRISTÁN. (Extrañado.) ¿Nueve? (Los
cuenta.) Seis, dirán.

UN ATRIDA.- Es que tres se fueron para el de
Las Huertas.

SACRISTÁN.- (Conforme.) Ah. (Sale.)

*Del balcón de la casa de Adelina Pons (Lili) se
escucha a ésta cantando algo que recuerda ¡Un
bel di vedremo..."; ella aparece con su ostentosa
bata floreada y una canasta en la que se supone
lleva pedazos de pan que dará desde su balcón a
"los perros congregados bajo su balcón". Ya en
escena concluye su canto, contando con la
rendida admiración de Eufrosina y Libitina.*

ADELINA.- (Al concluir el aria, dirigiéndose a las
locas.) Buenos días, Li. Buenos días, China.

LAS DOS.- Buenos días, doña Lili.

ADELINA.- ¿Qué ya dieron la tercera?

LIBITINA.- Ni nos hemos reparado.

EUFROSINA.- Creo que no.

LOS ATRIDAS.- (Con solemne y prolongada
intervención.) No.

ADELINA.- (Mirando al suelo y refiriéndose a los
perros) Vaya, ¿y por qué hoy habrá tan pocos?

LIBITINA.- (A Eufrosina.) Ya les echarían la
yerba.

ADELINA.- (Preciosista.) ¡Ni lo mande Dios!
(Reparando irritada en uno de los perro.) ¡Pero
hoy vino ese pelado! (Dirigiéndose donde se
supone está el discriminado.) ¡A ti no te vuelvo a
dar nada, te lo dije la otra vez, mal informado!
(Entra el Sacristán con un casto de panes, que
reparte entre los Atridas.) ¡Cómo no te encarcelen!
¡Quítate de ahí! (A las locas.) ¿Se acuerdan la
otra vez lo que me hizo? ¡Indecente! (A Libitina.)
Por favor, Libita sácalo para que empiece.

LIBITINA.- Cómo no, doña Lili.

*Libitina se incorpora para cumplir lo pedido, llega
adonde están los supuestos perros, localiza uno
de ellos y le asesta un puntapié, que da lugar a un
aullar de perro dolorido que se va alejando.
Libitina vuelve a su lugar y Adelina, con
extremada elegancia, hace como que deja caer
graciosamente pedazos de pan entre la
inexistente jauría. El sacristán ha salido y los
Atridas, santiguándose con los panes que les
ofrece, empiezan a desayunar. Igual Eufrosina y
Libitina, que mueven cadenciosamente unos
pocillos de peltre. Música en crescendo de
cuerdas, cascabeles y alientos agudos, para
concluir en percusiones graves que servirán al
fondo para la entrada a escena de Eddy. Éste
irrumpe por el zaguán de manera muy
artificialmente sport. Es un muchacho guapo y de
apariencia saludable.*

EDDY.- (A Adelina.) Me voy, mamá. (Volteando hacia donde están los Atridas y dirigiéndose a ellos con extrema arrogancia.) ¿¡Qué hay, hijos míos!?, ¡vástagos nuevos del antiguo Cadmo! ¡Qué les inquietan esas repulsivas manos suplicantes! Nuestra ciudad está nublada de ayes y de lamentos, ¿por qué no se van mejor a la tristeza?

UN ATRIDA.- (Embelesado.) ¡Oh, qué gratas palabras nos trae este hijo de Dios y su madre! Nuestro pensamiento enjuto, el alma medio ahogada por el llanto. (Transición.) El pueblo entero me sigue para saludar al mensajero del cielo.

EDDY.- (Dirigiéndose al primer Atrida.) ¿Qué tal, Tiresias?

EL ATRIDA TIRESIAS.- ¿Cómo te va, muchacho?

EDDY.- Tengo que platicar contigo cuando regrese de la escuela; no te vayas antes.

EL ATRIDA TIRESIAS.- Voy a devolverme temprano, pero te esperaré.

EDDY.- (Saliendo estentóreamente.) ¡Riquezas, talento, belleza, todo alrededor de una voluntad y un carácter. Cultura, esfinge, trono, enigma de mi pecho y de mi mente. Soy una trama de oro que te recubre, vida: el mal no me alcanza, el mal no proviene de mí. (Transición.) Nos vemos. (Mutis rápido.)

UN ATRIDA.- (A otro.) ¿Quién es aquel que huye con pies tan ligeritos?

EL ATRIDA TIRESIAS.- (Tiernamente.) Es un niño. Como un pájaro azorado.

EUFROSINA.- (A Adelina.) ¡Tan lindo el Eddy!, ¿verdad?

LIBITINA.- (Id.) ¡Ay, sí, que Dios se lo conserve!

EUFROSINA.- Yo siempre rezo por él y por usted.

ADELINA.- Ya lo sé, ustedes (marcando el adverbio) "siempre" tan entrometidas; por eso las quiero tanto.

EUFROSINA.- (Ruborizada.) Ya métase mejor.

LIBITINA.- (Id.) Sí, mejor métase.

Adelina ríe y entra en el interior de su casa. Llega la maestra Minerva camino de su escuela; detrás de ella, la niña Casi, apresurada.

CASI.- (A Minerva.) Ay, ¿ya se va usted, señor?

MINERVA.- Ya, apenas si me alcanza el tiempo.

CASI.- (Peligrosa.) Espéreme tantito, por lo que más quiera, no más me lavo los dientes. Ya estoy lista.

MINERVA.- No te tardes, entonces, que a las dos nos castigan.

CASI.- (Volviéndose a su casa.) Ni un minuto.

Catalina, Margarita –Catito y Maguito- y Cuca van a misa a la santa Vera Cruz y se encuentran con Minerva.

CATITO.- (Con fingida atención) Buenos días, Minerva, qué milagro.

MINERVA.- (A las tres.) Qué tal, ¿cómo han estado?

MAGUITO.- Hace días que no se le veía, ¿dónde se ha andado?

MINERVA.- No, como siempre en la escuela.

CATITO.- Antes por lo menos al mediodía se le sentía llegar.

MINERVA.- Últimamente me quedo a comer en la escuela. (A Cuca.) ¿Cómo sigue su mamá?

CUCA.- (Devolviendo la atención) Mejor, señorita, gracias.

MINERVA.- ¿Siempre la van a operar?

CUCA.- Pues no sabemos todavía; el especialista dice que se debe animar y no seguir esperando, pero ya sabe usted cómo es mamá.

MINERVA.- No, no tengo la menor idea.

MAGUITO.- (Interviniendo, brusca.) Pues si no sabe, imagínese la.

MINERVA.- Bueno, pero la úlcera es de cuidado.

CATITO.- Si no es tanto la úlcera.

CUCA.- (Aclarando.) Las úlceras, querrán decir. Sino que el esófago se le restringe y no soporta el alimento corporal.

MAGUITO.- (Comprensiva.) También con tantos corajes...

CATITO.- (Reforzando.) Todas las dueñas de casa...

MAGUITO.- (Tratando de quedar bien.) Aunque tu mami es bien distinta.

CATITO.- (Id.) Con el favor de Dios.

Llega Casi con sus útiles escolares.

CASI.- (A Minerva.) Ya, señor.

MINERVA.- (Despidiéndose de las otras.) Nos vamos. Mucho gusto.

Mutis de las anteriores. Entra el Duque, mira la hora en su reloj de bolsillo, voltea para el balcón de Adelina y dice:

EL DUQUE.- ¡Doña Lilí...!

ADELINA.- (Saliendo al balcón, contesta en cantinela.) Sííí...

EL DUQUE.- (Atusándose.) Tan temprano y tan despierta.

ADELINA.- (Graciosa.) ¿Por qué? ¿Pues qué horas tiene?

EL DUQUE.- (Consultando el reloj.) Ya casi es la hora.

ADELINA.- Está bien, antes los animalitos llegaban (dibujando la frase con lírico ademanes) "cuanto el telón del sol se descorría", pero ahora hasta ellos flojean.

EL DUQUE.- Los nuevos modos, ¿no le parece? (Juega con la leontina.)

ADELINA.- (Sofisticada.) Yo sigo siendo igual, la misma pieza (subrayando la pronunciación) Ivory, como dicen en inglés; a todos les consta que no soy de las gentes que cambian, por el contrario,

como me conocieron me verán. Nada de volublistos.

EL DUQUE.- (*Haciéndose el español.*) Tiene usted casta... y hablando así, con esa bata floreada como un ramillete airoso, me acuerdo de Juanita la Larga.

ADELINA.- (*Dominando.*) Gracias y mejor será que se acuerde de su madre, aunque usted sabe que cumplidos de categoría me llegaron muy a tiempo; desde Unamuno... (*rectificando con delicadeza*) bueno, cuando Unamuno era una bebita apenas.

EL DUQUE.- (*Afirmando en su memoria.*) Cierto, que usted se asimiló a casi toda la mesnada del Noventaiocho.

ADELINA.- (*Con desenfado.*) Bueno... Azorín, dos de los Machados, Indalecio, Baccarisse, León Felipe y Max...

EL DUQUE.- (*Celebrándola.*) ¡Tiene usted una antología por recetario! Y... ¿del tiempo de los musulmanes?

ADELINA.- (*Muy seria.*) No, yo no he estado en España. A todos los conocí aquí.

EL DUQUE.- (*Como rectificándose.*) Ah, que no casó usted en España.

ADELINA.- Ni en España ni en Constantinopla, ya le he platicado a usted que el mal paso fue en Tabasco, en un lugar que le dicen La Chontalpa. Un ángel rubio se fue acercando y... (*perturbada*) *Un bel dí vedremo...* (*Se queda en el recuerdo.*)

EL DUQUE.- (*Evocando.*) Así le pasó a Isadora...

ADELINA.- (*Volviendo y con rubor.*) Pero usted con sus cosas ya me vino a remover.

EL DUQUE.- (*Con picardía.*) Y usted con sus figuras, ¿qué de cosas no sabrá?

ADELINA.- (*Añorante.*) Se vivió, Duque, y se seguirá viviendo, pero eso sí, como antes...

EL DUQUE.- (*Sentencioso.*) EL santo padre Cronos.

LILÍ.- ¿Qué?

EL DUQUE.- (*Aclarándole.*) Los años, digo, el tiempo que no pasa en balde.

ADELINA.- (*Con satisfacción.*) Para mí eso no, mi corazón sigue fresco y por mí, que el mundo siga su marcha, pero hay un hijo grande y es respeto.

EUFROSINA.- (*Comentándole a su amiga.*) Tan lindo el Eddy, ¿verdad?

LIBITINA.- ¡Ay, sí, que Dios se lo conserve!

ADELINA.- (*Sigue.*) Hace unos años se le podían contar cuentos y mamá se las barajaba sola... y por lo que pasa una, Duque.

EL DUQUE.- Lo supongo. Pero, ¡qué tal el Eddy!

ADELINA.- (*Plena.*) ¡Ah, ésta es la mejor recompensa!, además es lo único que me queda. Tener un hijo a los cuarenta no es de princesas... (*pausa y como si se introvertiera*)... y aunque mi sangre... (*se interrumpe y luego, ausente de sí*)... porque yo conocí mi sangre.. la conocí cuando trazó caminos por mis manos... (*descriptiva en su delirio*) la tarde se detuvo igual que una caricia

interrumpida. Entonces (*muy patética*), los ojos se agrandaron para abarcar la inmensa soledad... la soledad enrojecida, y todo fue cayendo hasta volverse noche; y la tierra con toda su tersura... era un diván de musgo en el que me tendí para esperarte... para colmar tu boca con mi sangre. (*Apasionada.*) ¡Tigre enardecido, cóndor abatido!... Sólo quedó tu voz y tu simiente... (*muy tierna*) Eddy, hijo mío...

EUFROSINA.- (*Idéntica a la vez anterior.*) Tan lindo el Eddy, ¿verdad?

LIBITINA.- ¡Ay, sí, que Dios se lo conserve!

ADELINA.- (*En idéntico trance.*) Será un profesionista que hará mucho dinero. Ahora los ingenieros ganan mucho con eso de que transforman la ciudad... porque construyen edificios. Él construirá varios, y pondrá su cartel anunciando su nombre, tendrá un despacho más grande que esta casa, con tantos ayudantes... ¡Uh!... como el ingeniero Barreno...

EL DUQUE.- (*Reparando en la hora.*) Me voy, Lilí, que tengo que checar.

ADELINA.- (*Sin percatarse, muy perturbada*)... y teléfono propio... con luz fluorescente... trabajo y... vacaciones... descansos (*sintiéndolo mucho*), reposo, frente al mar... o en la cubierta del barco a España, para que lo conozcan Unamuno, Federico, Max, Max, Max...

Entra rápidamente en su cuarto y Eufrosina y Libitina se enjugan las lágrimas y se suenan con estrépito. Pausa grave.

LOS ATRIDAS.- (*Con cierta solemnidad.*) Bienhaya la que se cayó por asomarse de las torres del templo.

Madre henchida de esperanzas, ¿dónde escondiste tus ojos? ¿Por qué los has cubierto con estrellas?, mujer tan débil de abandono.

Toma tus manos y desgárrate el vientre para que tu muerte tenga un tinte amable, para que se conozca algo digno de ti. ¡Qué difícil te será comprender las leyes de Dios!

ATRIDA 1.- (*Muy sencillamente irán dejando caer sus afirmaciones.*) Porque en un principio fue el caos.

ATRIDA 2.- Y Dios creó los cielos y la tierra.

ATRIDA 3.- La tierra con su vasto seno.

ATRIDA 4.- La tierra como asiento de todas las cosas.

ATRIDA 5 Y 6.- Y del amor.

ATRIDA 1.- (*Los que siguen hablarán como iluminados.*) Por que el amor fue el primer dios concebido.

ATRIDA 2.- Por lo tanto el que ama, debe ser como un dios.

ATRIDA 3.- Es el que hace más bien a los hombres.

ATRIDA 4.- Cuna, honor, poder, riqueza; nada puede mover a los hombres como el amor.

ATRIDA 5.- Pues sólo los que aprendan a morir el uno por el otro.

ATRIDA 6.- (*Subrayando la advertencia.*) Pero se debe amar a la vista de todos.

ARTIDA 1.- Sólo a los más generosos. Sólo a los más virtuosos.

ATRIDA 2.- Puesto que los juramentos sí obligan en asuntos de amor.

ATRIDA 3.- Y de su cumplimiento depende el arribo a la cima de la felicidad.

ATRIDA 4.- Ya que del corazón que no de la lengua partió el compromiso.

ATRIDA 5.- Así el amor es la producción de la belleza del alma.

ATRIDA 6.- (*Muy suave y dulcemente.*) Sí.

Entra Felipa –Fedra- a escena muy displicente y arrastrando un monigote amarrado a un grueso mecate. Al pasar por donde se encuentran Libitina y Eufrosina, se acaricia la cabeza rapada en ademán disimulado de mentarles la madre. Las dos mujeres adoptan una actitud de fingida indiferencia al paso de la loca muda: Libitina se tapa la nariz como alusión ofensiva a la Felipa, que viste un traje zancón, botines y chamarra de piel casi deshecha. Cruza por el escenario y al pasar por enfrente de los Atridas, que en determinados momentos se muestran ciegos, los observa con cuidado, le son indiferentes y, sin previo aviso, se levanta el vestido frente a ellos para hacer un rápido mutis por la puerta principal del Hospital de la Mujer. Entra el Voceador con distinto traje del anterior; ahora parece un joven estafalario, va al restaurante "El Paraíso" a poner una pieza en la rocola; la pieza se titula Loving you. Al iniciar el canto el crooner, los Atridas y las dos mujeres perturbadas quedan estáticos, estatuarios; el chico, en la puerta de la accesoria en idéntica actitud. Cruza en hombre de traje negro con cuello de celuloide, parece ser un pastor protestante, observa a los grupos callejeros detenidamente. Toma notas en una pequeña libreta y saca una fotografía de los Atridas. A Eufrosina y a Libitina las contempla como si se tratara de un grupo escultórico; anota y hace mutis. Pausa larga. Entra Ramón con cierta cautela, se dirige a las mujeres. La canción se va perdiendo y las personas recobran su natural actitud.

RAMÓN.- (*Respetuoso.*) Buenos días, señoritas. ¿No han visto a la pobre mujer de mi cuñada?

LAS DOS.- (*Mecánicamente.*) Sí, la vimos, pero ya se fue, señor.

RAMÓN.- (*Con asco.*) A su apestosa escuela, como madriguera, con toda seguridad.

LAS DOS.- (*En la misma actitud.*) Vaya usted a saber adónde.

RAMÓN.- (*Cauteloso.*) ¿Me dejarán que la espere con ustedes?

LAS DOS.- (*Lo ven.*) ¡Cómo no, si se muestra usted correcto!

RAMÓN.- Yo, ¿cuándo no?

LAS DOS.- La otra vez, ni más ni menos.

RAMÓN.- Por favor, una por una, así ni se les entiende.

EUFROSINA.- (*Con leve reproche.*) No se me puede olvidar lo irrespetuoso que se puso.

RAMÓN.- (*Comprometido.*) Bueno... es que uno... a veces... viera qué difícil.

LIBITINA.- (*Con dolorosa expresión.*) ¿Se acuerda de sus desgracias?

RAMÓN.- (*Amargamente.*) No, si de eso nunca me olvido.

LIBITINA.- (*Interesada y ofreciéndole seguridad.*) Hace bien.

EUFROSINA.- (*Id.*) Pues sí, porque si se le olvidara, qué le quedaría.

LIBITINA.- Nada, a fe que con eso conservará la ocasión de sentirse mejorado.

RAMÓN.- Aunque las crudas morales...

EUFROSINA.- (*Recomendándole.*) Ya no siga usted mamando, hombre.

RAMÓN.- (*Impotente.*) Yo qué diera.

LIBITINA.- (*A Eufrosina.*) Aunque ahora está de moda el de tejoco. (*Se refiere al aguardiente del tejocote.*)

EUFROSINA.- (*Sofisticada.*) A mí me gusta el de nanche. (*Queda en sus muecas.*)

LIBITINA.- En la esquina de la Santa vive una señora que lo prepara de cáscara de papa.

EUFROSINA.- (*Curiosa.*) ¿De papa o de papá?

LIBITINA.- (*Inicia el extravío.*) De papa, taruga, aquí los papás no rífan.

EUFROSINA.- ¿A qué sabrá eso?

LIBITINA.- (*Medio alucinada.*) Se toma con panela y también sirve de friega. Es un gusto. (*Hace un ademán estereotipado de ofrecerle algo.*)

EUFROSINA.- (*Ya en el juego.*) No, gracias.

LIBITINA.- (*En la misma actitud.*) Ande usted.

EUFROSINA.- (*Refiriéndose a Ramón.*) Es que el señor me sobaja.

LIBITINA.- (*Dispuesta a la defensa.*) ¿Por qué?

EUFROSINA.- (*Acusándole.*) Pues no más me está observando.

LIBITINA.- (*Encarándosele a Ramón, se pone de pie.*) Señor, este lugar es de prima Eufrosina, usted, ¿qué se mete?

EUFROSINA.- (*Empieza a llorar.*) ¡Váyase con la Felipa! ¡Úchale!

RAMÓN.- (*En pleno desconcierto.*) ¿Ahora qué?

LIBITINA.- (*Gritándole con coraje.*) ¿Por qué le falta el respeto, es que le ve cacariza?

EUFROSINA.- (*Que llora copiosamente.*) ¡Me dijo cara de metate!

LIBITINA.- (*Consolándola.*) Ya cálmate, que te considero. Ahorita verá. (*Con fuerza.*) ¡Señor de la policía!

RAMÓN.- (*Que sigue desconcertado, pero ahora con temor.*) Vaya que están idas...

EUFROSINA.- (*Con grandes alaridos y refiriéndose al público.*) Ay. ¡Mira el montón de gente, Libitina!

LIBITINA.- (*Al público.*) ¿Qué ven?, ¡se les va a caer la baba!

EUFROSINA.- *(Con grandes voces y señas de dolor.)* ¿Viste cómo me pegó?

LIBITINA.- *(Con más fuerza.)* ¡Señor de la policía! ¡Que me roban mis coronas!

EUFROSINA.- *(Muy alarmada, tocándose la nariz.)* ¡Creo que me sale la sangre!

LIBITINA.- *(Mirándola.)* ¡Ay, de veras! ¿Qué tan fuerte te pegó?

EUFROSINA.- *(En el delirio total.)* Y me quebrantó los huesos, la lengua me la quiso sacar con un alambre; me pellizcó las dos asentaderas.

LIBITINA.- *(En el paroxismo.)* ¡¡Policía, que la mata!!

EUFROSINA.- *(Id.)* ¡¡La Felipa maldita!!

LIBITINA.- ¡¡Señor de la policía!!

Ramón se ha ido alejando prudentemente y cuando llega Diógenes casi ha desaparecido.

DIÓGENES.- *(Llega precipitadamente.)* ¿¿Dónde es el crimen?? ¿¿Quién les pegó??

EUFROSINA.- *(Señalando a Ramón.)* ¡Ese señor quería cortar las flores, pero lo detuvimos!

LIBITINA.- Ése, el tal Ramón, que se vino bien tomado, pero Eufrosina no lo dejó.

EUFROSINA.- Me dijo que estaba yo loca. ¡Y que no se esconda, eh!

DIÓGENES.- *(Dirigiéndose hacia Ramón.)* Oiga, Ramón, ya me agotó la paciencia... *(Va hacia él para hacer mutis ambos.)*

LIBITINA.- *(Acariciando a su amiga.)* ¿Ya estás prudencia, Eufrosina?

EUFROSINA.- *(Muy infantil.)* No, pues así, sí. ¿Por qué ha de cortar las flores?

LIBITINA.- *(Considerándola.)* Y luego cómo se puso...

Catito, Maguito y Cuca salen de la iglesia de la santa Vera Cruz, vienen de misa.

CATITO.- *(Encantada.)* ¡Cómo me gusta cómo dice las cosas el padre Juanito!

MAGUITO.- Ni se sienten, ¿verdad? *(Dobla su velo.)*

CATITO.- Será que es tan bien parecido, y que no me escuche Dios, pero de verlo tan interesante acuden a mi mente recuerdos de otros tiempos.

MAGUITO.- *(Seria.)* Niña, más respeto a las cosas de Dios, y el padre Juan es una de ellas.

CATITO.- *(Haciéndose la graciosa.)* Por eso dije que Dios no me oiga.

MAGUITO.- *(Con seguridad.)* Habiendo tanta gente con tanta disposición...

CATITO.- *(Aprovechando lo dicho.)* Pues no sé qué hemos esperado; tú eres la primera... y no me hagas hablar, que acabo de comulgar.

CUCA.- *(Interviniendo con malicia.)* El diablo toma forma de hombre...

CATITO.- *(A la anterior, y con mucha picardía.)* Pues de que me tiente el diablo a que me tiente un hombre...

MAGUITO.- *(Que hizo no escucharlas.)* O bien vendida o podrida en el huacal y ya sabes que mientras yo viva, la autoridad de mamá seguirá normando nuestra vida, y no me importa los años que tenga bajo tierra.

CATITO.- *(Molesta y concediendo.)* Ya lo sé. Tendré que resignarme a celebrar mis nupcias con ella en ultratumba.

MAGUITO.- *(Muy indignada.)* ¡Catalina, por favor, regrésate a reconciliar!

CATITO.- *(Apenada.)* Pues, ¿qué dije? Ni el pensamiento siquiera...

MAGUITO.- *(Tratando de aparecer serena.)* Te suplico que vuelvas a la iglesia y le expongas detenidamente al padre Juan lo que acabas de decir.

CATITO.- *(Suplicante.)* Margarita, no te pongas así.

MAGUITO.- *(En la misma actitud.)* No quiero escenas y menos delante de la gente. *(A Cuca.)* No lo digo por ti, Cuquita. *(A Maguito.)* Y no te me levantas hasta que el padre te haya absuelto de nuevo. *(Contrita.)* Abre mis labios, Señor...

CATITO.- *(Sometiéndose.)* ¡Oh!... pero no se vayan. Espérenme aquí.

Catito regresa a la iglesia y las dos mujeres quedan en escena paseándose por el jardín.

MAGUITO.- *(Refiriéndose a su hermana.)* Esta muchacha tan alocada no sé que hacer con ella.

CUCA.- *(Comprensiva.)* Yo creo que tiene razón; no es tan grande.

MAGUITO.- *(Aclarando, irritada.)* Ninguna de las dos es "tan grande", ya lo sé, pero no te olvides que la educación se mama.

CUCA.- Sí, pero nada más de niño, y ustedes parece que todavía.

MAGUITO.- *(Un poco molesta.)* Cuquita, fíjate en lo que dices, que a ti no te puedo regresar, y no te muerdas la lengua.

CUCA.- *(Profundamente.)* Mi caso es diferente.

MAGUITO.- *(Tratando de aparecer victoriosa.)* También es cuestión de principios. Tú tienes unos y nosotros otros.

CUCA.- Quién sabe si sean diferentes, porque por lo visto se parecen mucho.

MAGUITO.- *(Extrañada y con sorna.)* ¿Sí? ¿En qué?

CUCA.- Simplemente en nuestros modos. Somos de la misma clase, nos entendemos muy bien.

MAGUITO.- *(Reconciliada.)* ¿Y por qué no? ¡Faltaba más!

CUCA.- *(Con un dejo de tristeza.)* Tan bien nos entendemos que si no fuera por los ánimos que ustedes me ofrecen, mi vida sería terriblemente desdichada.

MAGUITO.- *(Aceptándolo.)* Como tu corazón.

CUCA.- *(Muy triste.)* Sí, como mi corazón; pero ni mi vida ni mi corazón están solos porque los llena él. *(Queda extasiada.)*

MAGUITO.- (*Iluminada.*) Así los nuestros por nuestro Señor.

CUCA.- (*Deleitándose.*) Su figura, su cara, sus brazos apretando fuertemente...

MAGUITO.- ¿Fuertemente? ¿Dónde?

CUCA.- (*Con recato y descaro.*) ¿Dónde? A mi derredor.

MAGUITO.- (*Muy insana.*) Y, ¿qué más?

CUCA.- (*Mudando de actitud.*) Yo tan decaída, tan chupada, junto a él tan hermoso, con el pecho tan ancho. (*Subraya lo último.*)

MAGUITO.- (*Muy curiosa y transfigurada.*) ¿Tiene vellos?

CUCA.- (*Dejándose.*) Siempre me pregunta lo mismo, ya le dije que sí.

MAGUITO.- (*En la morbosidad franca.*) Y sus piernas, a ver, dime de sus piernas.

CUCA.- (*Creciendo.*) ¡Son como las columnas de un templo!

MAGUITO.- (*Muy asombrada.*) ¿De un templo? (*Pausa breve.*) ¿De cuál?

CUCA.- (*Ídem.*) De un templo de los antiguos.

MAGUITO.- ¿Por qué?

CUCA.- (*Plena.*) Porque parecen de mármol.

MAGUITO.- (*Casi desorbitada.*) ¿Sin ropa?

CUCA.- (*Ídem.*) Absolutamente.

MAGUITO.- (*Apresurada.*) ¿Y, tú...?

CUCA.- ¿Yo? (*Recobrando el recato.*) ¡No, yo no!

MAGUITO.- (*Ídem e incrédula para prolongar el dato.*) ¡Cómo es posible!

CUCA.- (*Confidencia.*) Nada más él se la quita.

MAGUITO.- (*Sin salir del asombro.*) ¿Y eso?

CUCA.- (*Muy lírica.*) Se tiende, y se queda quieto todo un rato, o danza y gira como un vértigo hasta que cae rendido. (*Agregando virtud.*) También llora.

MAGUITO.- (*Excesiva.*) ¡¿Sin ropa?!

CUCA.- (*Reservándose algo.*) Ya dije.

MAGUITO.- (*En le apogeo.*) ¡Qué maravilla!

CUCA.- (*Acentuándolo rotundamente.*) ¡Él es una maravilla!

MAGUITO.- (*Aclarando.*) Pues así de cauto.

CUCA.- (*Con infinita sensación.*) Es la más pura ternura que recojo.

MAGUITO.- (*Explicándose todo.*) Con razón puede conservarse casto.

CUCA.- Sí, pero más allá. (*Sin escatimar cualidades.*) Como un santo, a eso huele todo él: perfuma la estancia y hasta el agua de la regadera que lo acaricia con su tibieza.

MAGUITO.- (*En el éxtasis.*) ¡Olor a santidad! ¡Olor a santidad! ¡La gloria eterna!

CUCA.- (*Muy conforme y pequeña.*) Sólo para hurtarle las tersuras y compartir su suavidad. Como la alegría de marfil entre la seda...

MAGUITO.- (*En el orgasmo.*) ¡Dios mío, muero porque no muero!

Maguito saca un abanico y da una vuelta en círculo completo para quedar junto a Cuca nuevamente. Catito sale de la iglesia y se le reúne

para integrar una composición en la que Cuca aparezca en estoica actitud de encantadora de serpientes. Hablan Catito y Maguito entre grandes gesticulaciones.

MAGUITO.- (*Cambiando bruscamente la actitud anterior.*) Bueno, Cuquita, tú ya sabes lo que haces y no quiero que luego digas... pero se me hace que haces mal. No está bien. (*Se abanica y camina nerviosa en círculo.*)

CATITO.- (*Ligeramente diabólica.*) Es cierto que te arriesgas a muchas cosas, pero no debes afrentarte. ¡Cuántas no quisiéramos...!

MAGUITO.- (*Exagerada, vuelve a ella.*) Por mí te agradecemos mucho la confianza; sabemos muy bien que somos las únicas que lo sabemos pero te quería decir que mejor te evites líos y nos los evites a nosotras. Ya ves la madre que tiene... (*Se abanica y repite el movimiento anterior.*)

CATITO.- Por mí, que le sigas hasta volverte madre. Tú ya no te cueces al primer hervor ni con ablandador, y si tienes la facilidad de que un muchacho como el Eddy te retoce, qué mejor. ¡Cuéstete lo que te cueste!

MAGUITO.- (*Cerrando el abanico con determinación.*) Catito, aquí se rompió una taza... (*A Cuca.*) Adiós, Cuquita.

CATITO.- (*Repitiendo el movimiento.*) Sí, tengo que ver si ya le llega el niño a doña Rifa. (*Salen.*)

CUCA.- (*Ausente.*) Adiós... (*Sale con rumbo a su casa.*)

LIBITINA.- (*Refiriéndose a Cuca.*) Mira, Eufrosina, cómo esas dos van dejando a la otra pobre.

EUFROSINA.- (*Percatándose.*) ¿Cómo? Ah, sí pero ni modos. (*Transición.*) ¿Juegas al pipis?

LIBITINA.- Luego, nomás que pase la Felipa.

EUFROSINA.- ¿La Felipa?

LIBITINA.- Sí, la trastorna.

EUFROSINA.- ¿Cuál dirás?

LIBITINA.- Esa que arrastra al hijo.

EUFROSINA.- ¿Al hijo?

LIBITINA.- Nomás quiero que pase para rajarle el hocico.

EUFROSINA.- Harás bien.

Los Atridas, que han permanecido indiferentes:

LOS ATRIDAS.- (*Teniendo las palabras.*)

Conversemos largo y tendido,

cambiemos impresiones

y sin decirnos algo,

dejemos que las palabras corran

como fluye la sangre por nuestras venas,

esto es, como si nada,

puesto que definitivamente somos sólo

pretexto de esta ruina.

UN ATRIDA.- Yo, que descendí del cielo

Y sobre mi cabeza refulgieron soles,

yo, gozoso al nacer,

no supe ni cómo ni cuándo ni dónde.

OTRO ATRIDA.- Porque quiero pasar sobre mi

hermano.
Con los brazos caídos,
levantar mi terror junto a mi orgullo
y alcanzar la colina del encuentro con
mi caballo verde desbocado.
¡Imposible!
OTRO ATRIDA.- (*Con desaliento.*) ¡Oh!, María,
madre mía. ¡Oh!, ¡consuelo del mortal!
OTRO ATRIDA.- La luna, las estrellas y la noche
son testigos de esta gran pasión. Y después, sólo
mi entrada en el silencio oscuro.
OTRO ATRIDA.- (*Suplicante.*) Ven, joven
gladiador, tú que gozas del favor de los dioses y
además que tan generosamente conservan a tu
madre, entra y comparte con estos miserables tu
experiencia.

*Entra Eddy, que retorna de la escuela para
hablar con el Atrida Tiresias. Expresa
preocupaciones.*

EDDY.- (*Yendo hacia él.*) Tiresias, noble amigo,
regresé lo más temprano que pude. No tuve la
última clase, por fortuna. Quiero hablar contigo.
TIRESIAS.- (*Ofreciéndole apoyo.*) En marcha,
compañero, que la más cruenta lucha te reservas.
EDDY.- (*Con amigable cercanía.*) Tus sabias
enseñanzas, tus dádivas cariñosas, vengan a mí,
Tiresias.
TIRESIAS.- ¡Vuelan!
EDDY.- (*Francamente molesto.*) ¡No soporto ya
más a la bruja esa!
TIRESIAS.- (*Con falsa ignorancia.*) ¿De quién
hablas?
EDDY.- De la Cuca, ya comprendes... (*Pausa
breve.*) Es muy cómodo, lo sé; me resguarda de
muchos compromisos, pero ya no lo aguanto; es...
muy complicada.
TIRESIAS.- (*Que la conoce.*) ¿Ella?
EDDY.- (*Nervioso.*) Sí, ella, y todo... yo siempre
estoy dispuesto... (*busca transición y
precipitadamente*) y no es por nada, pero una
gente como yo no la encuentra tan fácil. (*como
rectificando*)... en fin... (*muy bruscamente*) ¡la
Dora me dijo que su madre decía que contara yo
con suficiente lana para sacarla de bailar!
TIRESIAS.- (*Muy objetivo.*) ¿Y por qué no la
sacaste?
EDDY.- Oh, tú sabes que esas cosas no las
puedo hacer todavía... aunque la Dora es un buen
gancho para llegar a su padre... Y la Armida
igualmente para llegarle al gerente de la
constructora. Pero por más que me aviento no
puedo con ese tipo de operaciones... creo que por
ahí no es. (*En busca transición y elevando
noblemente la voz.*) Mira, anoche me invitaron a
cenar a la casa de Dora, su padre había salido a
Torreón y sólo estuvimos ella, su madre y yo. Que
circulan los alcoholes y quién sabe cómo
terminamos los tres en pijamas porque a la
señora le dio frío y sólo con franela se lo quita; yo
no quería, Tiresias, te lo juro, ni tampoco hubo

nada. Nadie sabía ahí a qué se le tiraba. Además,
a mí personalmente no me hubiera importado, me
quedé hasta el final porque estaba yo a gusto,
todo a las mil maravillas; pero apenas me vestí
para largarme a mi casa, me comenzó el maldito
asco y todavía me dura... y es que...
(*angustiado*)... yo soy bueno, Tiresias... te lo juro,
no me siento capaz de hacerle a nadie una
tarugada... porque me conozco y sé que soy bien
intencionado... lo siento... Me crees, ¿verdad?
TIRESIAS.- (*Pausadamente.*) Sí te creo...
porque eres bueno.
EDDY.- (*Crítico.*) ¿Por qué entonces me pasan
estas cosas?
TIRESIAS.- (*Manejando la situación.*) Pues,
quizá porque resultas de... "los elegidos". A lo
mejor tú eres un "espíritu selecto".
EDDY.- (*Deprimido.*) Hay algo que me falta y
decididamente no doy qué es.
TIRESIAS.- Lo tienes todo.
EDDY.- (*Sin oírlo.*) Quizá Dios... o mi padre.
(*Casi patético.*) ¡No conozco a mi padre, Tiresias!,
¿qué se hará?
TIRESIAS.- ¿Tu padre? (*Fríamente.*) Puede que
venda chivos o que corte margaritas por el prado.
EDDY.- Me hace falta Dios.
TIRESIAS.- ...Alcánzalo.
EDDY.- ¿Alcanzarlo? ¿Cómo?
TIRESIAS.- (*Con profunda convicción.*) Los
Atridas decimos que por el amor.
EDDY.- (*Mandándolo lejos.*) Por eso están tan
amolados. ¿Cómo habré de amar? Ninguna de las
formas que conozco me convence. (*Descubriendo
algo nuevo.*) Tal vez sea muy joven..., además, la
gente...
TIRESIAS.- Sí, eres muy ¿y qué?
EDDY.- (*Girando.*) Hay que aprender a estar
solo, no queda otra.
TIRESIAS.- ¿Y tu mamá?
EDDY.- (*Molesto.*) Chist. Hablamos idiomas
diferentes.
TIRESIAS.- ¿Cuáles?
EDDY.- Ella pertenece a otro mundo totalmente
distinto del mío. Si hubiera sido más culta... pero
tiene cosas que nada más no puedo soportar; me
subleva.
TIRESIAS.- ¿En qué quedó lo de Cuca y ella?
EDDY.- Tuve que amenazarla con irme de la
casa si la volvía a molestar.
TIRESIAS.- Era imposible que no se enterara.
EDDY.- (*Dando el motivo y buscando la salida.*)
Fue la medalla con su nombre que me colgó;
además, la Cuca anduvo de comunicativa con las
garrapatas de los pergaminos y estoy seguro que
una de ellas fue la que le trajo el chisme a mi
madre.
TIRESIAS.- Pero si hasta los niños lo saben.
EDDY.- (*Saliendo libre.*) Pues no será por mí, a
ti te consta.
TIRESIAS.- Entonces ella...
EDDY.- No... pues nos han visto entrar al
cuarto; también ella debe andar de boquilloja... y

después de todo no se puede exigir que se muda, tan triste de facha... para ella será un lujo.

TIRESIAS.- Sí, las gentes como tú son un verdadero lujo, Eddy.

EDDY.- (*Ingenuo.*) Yo creo que sí, aunque me falta malicia.

TIRESIAS.- Eres de las personas que más caro cobran por querer a los demás.

EDDY.- (*Reaccionando.*) ¡Cuidado, Tiresias!

TIRESIAS.- ¿No crees?

EDDY.- (*Convencido en su afirmación.*) No. Mi defecto principal está en querer a toda la gente.

TIRESIAS.- (*Extrañado.*) Quererla, ¿para qué?

EDDY.- Quererla, nomás, sin exigirles nada, sin pedirles nada.

TIRESIAS.- (*Deliberadamente incrédulo.*) ¿De veras?

EDDY.- (*Molesto.*) ¿Qué te pasa?

TIRESIAS.- (*Iniciando la retirada.*) Me voy con los muchachos, Eddy. Van a empezar los sufragios.

EDDY.- (*Reteniéndolo.*) Oye, no me dejes así.

TIRESIAS.- Eddy, tu madre nos observa.

EDDY.- (*Volteando para donde está el balcón.*) ¿Mi madre?... ¡Tiresias!...

Tiresias se ha retirado; Eddy, indeciso, voltea alternativamente para donde está su madre y su amigo. Adelina lo observa complacida, mientras va cayendo lentamente el

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Adelina Pons está en su balcón dirigiendo la palabra a un grupo de mujeres en camino de pedir marido a san Antonio.

ADELINA.- (*Entregada, y como si continuara en el discurso.*) ...desgraciadamente no se tiene garantizada la vida, ahora está una bien pero mañana quién sabe. Dios ha sido generoso con nosotras y así que me ven costurera de la avenida Hidalgo, bien pude ser modista de la "Plas de la Concord", para sentirme conforme bienhabida pese al trato que la vida y la suerte me entregaron: porque es indiscutible que la suerte existe, si no, ahí están más de tres millones de retardados pudriéndose de dinero y comprando con él lo mismo casas, que amigos o maridos; por principio de cuentas no viviría aquí ni en sueños. Aquí se vive como en alacena... (*transición de exagerada resignación*), pero me muestro conforme porque aunque no gozo fortuna, sí cuento con un hijo y el muchacho se me va logrando a pesar de su carácter; de ahí en fuera yo no me puedo quejar, pues como es tan bien puesto tampoco lo voy a meter en una urna (*advirtiéndolo con cuidado*): mi gavián anda suelto, así es que cuiden a sus

pollas, aunque algunas ya se vean ponedoras (*con impetu*), pero no desfallezcan, que casamiento y mortaja... y el cielo se le tiene que insistir. Si yo les he hablado de este modo es porque me siento plena de experiencias, mismas que llevo encima, pues como las veo a todas ustedes, así me vi un día, hasta que la bendición de la maternidad hizo crecer mi vientre: entonces comencé a conocer el significado de la palabra madre (*muy retórica*), lo que significa esperar, pacientemente en unas, en otras no –yo, muy impaciente- que un nuevo ser surja como una nueva perla o una nueva esperanza para seguir viviendo. (*Sentenciando, grave.*) Pero para merecerlo hay que estar preparadas, hay que comprender perfectamente el sentido de lo que un hijo viene a ser porque no es el hecho de darlo a luz como los animales, o es el hecho en sí de amamantarlo o en no de cobijarlo, sino (*ligeramente pausa suspensiva y luego muy frívola*) bla, bla, bla, bla, bla... Es todo.

La asamblea aplaude entusiasmada, Adelina agradece discreta y hace mutis. Las demás mujeres se encaminan a la iglesia en perfecto orden, al pasar junto a los Atridas, éstos alargan sus manos en conmovedoras peticiones:

LOS ATRIDAS.- (*Alternadamente.*)

1. Es conveniente decir unas palabras al oído de cada una de ustedes.

2. ¿Quién de vosotras conoce significados tales?

3. Es a ti, a ti a quien interrogo.

4. ¿En dónde están las ansias que rasgarán tu velo? ¿En dónde, en dónde encontrarás la anhelada estación?

5. ¿Quién de vosotras conoce significados tales?

6. Por eso a vuestro oído se deben pronunciar unas palabras.

1. Porque las maldiciones efectúan partos y esos partos incestos.

2. El incesto como forma legal mejor elaborada.

3. Y sancionada en el hombre de Dios.

4. Pero levantarán los muertos su lápida de sombras.

5. Y los hijos matarán a sus padres y harán correr su sangre por todos los rincones.

6. Los padres que desde antes ya habían sucumbido, pues con tan lúgubre arrogancia quebrantaron las leyes.

1. Los padres que quedaron en retornar un día con los brazos abiertos.

2. Y ustedes, hélas aquí, entrando en el refugio. Huyendo, huyendo, huyendo...

3. ¿Será posible...?

Fedra (Felipa) sale del Hospital de la Mujer ahora abrazando tiernamente al monigote. Viene al centro del escenario y arrulla con infinito amor al muñeco. Libitina y Eufrosina la

miran con recelo y, al cabo, se sienten atraídas por tales manifestaciones de amor materno. Primero Libitina, que va hacia ella.

LIBITINA.- (*Muy atenta.*) Señora doña Felipa, ¿cómo está usted? Vengo de mi parte para celebrar su mejoría y también para invitarla a una charla que le voy a dar; pero con mi parienta Eufrosina, si no, no.

FELIPA.- (*Ríe y mueve negativa y nerviosamente la cabeza.*)

LIBITINA.- (*Celebrándola.*) ¡Uy!, ¡qué contenta la contemplo, señora doña Felipa!, ¡qué pronto la mejoraron en ese nido de víboras! (*Felipa acaricia al muñeco*), sí, señora doña Felipa, muy regocija que la vengo columbrando. Si parece monumento con su niño. ¿Se lo trajeron los Reyes? (*Felipa asiente jubilosa.*) ¡Uuuuy, qué bueno!, así quién no. Como parto sin dolor; ¡tan moderna mi señora doña Felipa! (*A Eufrosina.*) ¿Viste, China?

EUFROSINA.- (*Con mucha desconfianza.*) Que venga.

LIBITINA.- (*A Felipa muy atentamente.*) Vamos para allá con la China (*Felipa se resiste.*), ándele, para que le arda, enséñale su muchacho. (*Felipa hace un mohín y estrecha temerosa el muñeco.*) No... Ni quién se lo quite. Si se lo trajeron los Reyes, que con su pan se lo coma; sino para formular una charla.

EUFROSINA.- (*Gritándole, precipitada.*) Para tomar té de tila con pastes de Pachuca.

LIBITINA.- (*Reanimando a Felipa.*) Ya ve cómo la quiere la Eufrosina, señora doña Felipa, ya le formuló una fiesta.

EUFROSINA.- (*Ídem.*) Y hasta jugamos baraja. Si desconfía del muchacho, dejamos encargado en la guarda de la pulquería, junto al depa de mujeres.

LIBITINA.- (*Como último intento.*) Yo le puedo recitar. ¿Sí? (*Felipa accede y se levanta, con el consecuente agrado de Libitina.*) ¡Ay, qué linda la Felipa, que se le hace agua la boca! (*Llegando con Eufrosina.*) Mira, Eufrosina, tengo el gusto de representarte a la señora doña Federica, mujer de los Santos Reyes.

EUFROSINA.- (*Tendiéndole la mano.*) Eufrosina Chuparrosa, hija de la mala vida, para servir a los dioses y a los pobres.

LIBITINA.- (*Contemplando los buenos términos de las otras.*) Así sí, ahora debería de venir el de las fotos. (*A Felipa.*) ¿Qué hacemos? (*Felipa señala los cacharros insinuando le den comida. Libitina lo comprende.*) Ah, de veras, que le prometimos caldo. (*A Eufrosina.*) Por favor, Eufrosina, tápale el hambre a la Fedra.

EUFROSINA.- (*Dándole el plato.*) Sírvase usted, mala leche, estas lentejas.

LIBITINA.- (*Con cuidadosa atención.*) La voy a golear a usted para que eructe (*lo hace*).

EUFROSINA.- (*Que sigue contemplando el muñeco. A Libitina.*) Recítale lo de la primavera

porque quedaste, mientras yo me encargo de esa pobre criatura.

LIBITINA.- (*A Felipa, tratando de agradarla.*) ¿Quieres que recite de la primavera? ¿Eh? (*Felipa asiente entusiasmada. Libitina anuncia a toda voz.*) ¡Dicho de la primavera para la señora Fedra Torres! (*Felipa aplaude jubilosa. Tras de los preparativos de rigor, Libitina dice muy lírica.*) "La primavera nace de no sabremos nunca qué secretas regiones de la tierra dormida, fatigada y herida. Ja, ja, ja..."

EUFROSINA.- (*Tomando con mucho cuidado el muñeco.*) ¡Cinco mil pesos, cinco mil pesos!! (*Con el pregón de lotería.*)

LIBITINA.- (*Que junto con Fedra se desternilla de risa.*) ¿Ve qué bonito, Fedrita? ¡Si todas somos hijas de Dios!

EUFROSINA.- (*Tratando de evitar que la sorprendan con el muñeco.*) Sígalas usted divirtiéndose, mientras yo le entretengo a su muchacho.

LIBITINA.- (*Aislado a Fedra.*) Bueno, ahora pasamos a la sala para ver el desfile de las cochinillas. Verás cómo se hacen bolitas.

Eufrosina quedará en esta área sola, arrullando el muñeco y con un rebozo se cubrirá para dejar la ilusión de estarlo amamantando. Entran Diógenes y Ramón un poco alcoholizados.

RAMÓN.- (*Concluyendo.*) Le digo a usted...

DIÓGENES.- ¿Pero usted tuvo la culpa, o no?

RAMÓN.- Yo no sé, pero creo que no.

DIÓGENES.- (*Tratando de aproximarse a él.*) Mire, don Ramón, yo le hablo con conocimiento de causa y con autoridad: aquí la gente como usted es poco respetada, también como yo. Y es que no se nos entiende, "comprende", diría mejor... (*Transición.*) ¿Usted conoce al Duque?

RAMÓN.- ¿El perro?

DIÓGENES.- ¿Cuál perro?

RAMÓN.- Un perro... que lo tuvo Héctor desde chico.

DIÓGENES.- (*Un poco fastidiado.*) No, no, no, el Duque, el poeta, mi amigo.

RAMÓN.- (*Precisando.*) Que vive en el...

DIÓGENES.- exactamente.

RAMÓN.- (*Reconociéndolo.*) Cómo no, muy fina persona, una dama.

DIÓGENES.- (*Reaccionando.*) ¿Qué pasó? No lo difame.

RAMÓN.- (*Aclarándole.*) No. Digo: muy educado, culto.

DIÓGENES.- Sí... pues el Duque también es de los nuestros, igual que un viejo amigo mío que trabajó en La Merced antigua desde 1904, fíjese bien: 1904, antes de todo. Pues a este susodicho le cayó la sal yo creo que desde recién nacido. No había vez que lo llamaran para cargar algo que llegando a su destino se le viniera abajo, hasta que fueron dejándolo de

emplear y se tuvo que morir ni más ni menos que de hambre, pues aunque se arrimaba a la pobre casa de usted, no le convencía. Y no paró ahí la cosa, que el día de su entierro, ya para llegar a la inhumana, los de adelante, que iban un poco jalados, verbigracia usted y yo en estas circunstancias, se tropiezan y se les viene abajo la doliente carga como en vida. ¿Eso no es sal?

RAMÓN.- *(Con amargura.)* Chist, yo qué no podré presumirle si quisiera. No quiero.

DIÓGENES.- *(Transando.)* No, no lo forzo con todo y mi autoridad... Pero no es justo.

Entra el Duque, que viene de su trabajo.

EL DUQUE.- *(A Diógenes.)* ¿Qué es lo que no es justo, mi buen amigo? *(Saludando a Ramón.)* Ramoncito...

DIÓGENES.- *(Reparando en su presencia.)* ¿Eh? ¡Ah! *(A Ramón.)* Éste es el Duque.

RAMÓN.- *(Confirmando su conocimiento.)* Sí, cómo no.

DIÓGENES.- *(Poniendo al tanto al Duque.)* No, Duque: le decía yo a este señor don Ramón, aquí presente, de nuestra misera situación en la que nos venimos encontrando, así como ahora y desde antes.

EL DUQUE.- *(Advirtiendo el estado en que se encuentran sus interlocutores.)* Veo que ya se me adelantaron en lo de aperitirse.

DIÓGENES.- *(Abundando.)* Mire usted, aquí el señor don Ramón conoce la vida como yo también y como usted; y eso sí le advierto que si uno le sigue es por de pura costumbre, no hay de otra.

EL DUQUE.- *(Tratando de comunicarle optimismo.)* Bueno, Diogenético, es que...

DIÓGENES.- *(Absoluto.)* Nada, nada, el único que se salva es usted: tiene su pipirín asegurado y sus versos de "noches azules" o del "camisón de Chon". Pero aquí el señor don Ramón vende aretes de cuentitas, y el desdichado de mi sobrino el Burro se lo cargó la trampa con todo y su puesto de esquimos, y yo de tecolote zurrón, tratando de aparecer lo que no soy. ¡No la friegue!

EL DUQUE.- *(Con ganas de prolongar la discusión.)* Bueno, bueno, vamos a tomar una copita.

Inician el mutis y se cruzan con la maestra Minerva y la niña Casí, que vuelven de la escuela. El único que las ve es Ramón, que trata de abordar a la maestra, pero sus compañeros lo retienen.

CASI.- Señor, ¿se va a quedar en su casa?

MINERVA.- Sí, tengo muchas pruebas que corregir.

CASI.- Le ayudo.

MINERVA.- Ándale, te espero como a eso de las cinco.

CASI.- ¿Tan tarde?

MINERVA.- Es que me voy a recostar un rato.

CASI.- Bueno. ¿No se le ofrece algún encargo para la tienda?

MINERVA.- No, gracias, ahora no. *(Salen.)*

Eufrosina deja al muñeco en el suelo y va con sus compañeras Libitina y Fedra.

EUFROSINA.- Libitina, esa niña Casí es muy buena.

LIBITINA.- Cómo no, por eso ya se va a casar.

EUFROSINA.- ¿Ya?

LIBITINA.- Sí, creo que para la semana que entra.

EUFROSINA.- ¿Y su mamá? Ni la veo.

LIBITINA.- Hoy no sale y no le hace.

EUFROSINA.- ¿Es domingo?

LIBITINA.- No, pero hay representación y no le gusta, tampoco a su marido.

EUFROSINA.- Te mandó decir, ¿verdad?

LIBITINA.- Claro.

Eufrosina vuelve con el muñeco. Desde afuera se oye la voz de Adelina, que le dice a su hijo:

VOZ DE ADELINA.- Ya voy a poner la mesa y a servir, te advierto que si te sales, tú tendrás que calentar tu comida, aquí no es hotel.

VOZ DE EDDY.- Ahorita vengo, no me tardo nada. *(Se encuentra en e interior con Casí.)* ¿Qué tal Casimira? ¿Qué milagro?

CASI.- Milagro tú.

EDDY.- ¿Cuándo vamos a nadar?

CASI.- Cuando pueda mi papá, ahora anda muy ocupado.

EDDY.- Pues tú y yo.

CASI.- No me dejan.

EDDY.- ¿Ni al cine?

CASI.- Al cine menos.

EDDY.- *(Con sana intención.)* Ya no estás tan chica.

CASI.- Todavía. *(Transición.)* Y deja de estarme vacilando.

EDDY.- Te lo digo en serio.

CASI.- A poco crees que yo me voy a volar como las locas de tus amigas.

EDDY.- ¿Cuáles?

CASI.- Pues esas que te vienen a buscar.

EDDY.- ¿Las has visto?

CASI.- Aunque no las hubiera visto, todo el mundo sabe que eres muy enamorado.

EDDY.- *(Halagado.)* Ah, ¿sí?

CASI.- Dice mi mamá que eres de los muchachos que ven un palo con faldas y se alborotan.

EDDY.- *(Presumido.)* No tanto, todo depende.

CASI.- *(Reprochándole.)* Bueno, eso es cosa tuya.

EDDY.- Para que veas, para eso sí todavía estás chica.

CASI.- ¿Para qué? ¿Para morderme la lengua? Y sé otras tantas...

EDDY.- ¿De qué color?

CASI.- De ti mismo.
 EDDY.- De mí mismo... ¿Quién sabe algo de mí mismo?
 CASI.- Todos, menos tú.
 EDDY.- (*Un poco molesto.*) No seas necia.
 CASI.- Y te advierto que si no te pones vivo vas a dar lugar a algo.
 EDDY.- (*Inquietado.*) Qué dices.
 CASI.- Yo sé.
 EDDY.- (*Con coraje.*) Habla claro y déjate de tonterías.
 CASI.- (*Segura.*) No puedo...
 EDDY.- (*Impaciente e irritado.*) Di lo que sabes ya.
 CASI.- ¿Y si no quiero?
 EDDY.- (*Asiéndola del brazo con fuerza.*) Niña taruga, a mí no me haces esto. Dímelo.
 CASI.- (*Decidida.*) No te digo y qué.
 EDDY.- (*Intenta doblarle el brazo pero se arrepiente. Con amargura.*) Tú también. (*Se muestra abatido.*)
 CASI.- (*Después de pausa y comprendiendo el estado del muchacho.*) No te pongas así, Eddy, después de todo apúrate hasta la mera hora, ¿para qué antes?
 EDDY.- (*Cortante.*) Ya cállate.
 CASI.- (*Que al fin cede.*) Es lo de Cuca, hombre; las gentes dicen que ya no puede con tanto que le exiges, y su mamá por ese tanto no se mejora.
 EDDY.- Ojalá se las cargue...
 CASI.- (*Repentinamente.*) Ahí viene Cuca, háblale. Yo los tapo con las locas. A ver muchachas, paradas, vamos a jugar a las estatuas de marfil. (*Fijándose en Felipa.*) Qué bueno que viniste, Felipa.

Casi va con las tres mujeres y las anima al juego.

LIBITINA.- (*Entusiasmada.*) ¿Quién escoge?
 CASI.- Yo, yo soy la que escojo porque tengo prisa. Pronto.
 TODAS.- (*Tomadas de las manos.*) Las estatuas de marfil: uno dos tres.

Dan giros y buscan cuidadosamente la colocación parecida a Las tres Gracias.

CASI.- Bien tiasas. (*Mirándolas.*) ¡Ay, qué bonitas!, parecen ángeles de la guarda. Voy a traer el dinero para comprar una estatua.

Casi hace mutis y las tres mujeres permanecen en actitudes ridículas, inmóviles. Cuca ha salido a escena y está frente a Eddy, con el presentimiento de algún suceso impredecible frecuente en el muchacho.

CUCA.- ¿Para qué me quieres a estas horas?
 EDDY.- (*Apresurando la situación.*) Es igual, después no voy a poder.
 CUCA.- (*Muy humilde.*) Dime.

EDDY.- (*Precipitando.*) He estado pensándolo mucho y no debemos seguir.

CUCA.- (*Con desaliento.*) Otra vez. Tú sabes...
 EDDY.- (*Cortante.*) No, no quiero sermones. Es una determinación y estoy decidido a seguirla.

CUCA.- Pero apenas ayer...
 EDDY.- Sí, pero de ayer a hoy he meditado mucho. Hasta en un libro estuve leyendo las consecuencias de esta situación tan rara. (*Terminante.*) No puede ser amor, ya lo hemos discutido mucho, y por mi lado he llegado a la conclusión de que a ninguno de los dos nos conviene.

CUCA.- (*Comprensiva.*) Lo volviste "analizar", ¿verdad?

EDDY.- Sí... bastante y me duele que esto te acarree sufrimiento.

CUCA.- No, trataré de entenderlo. No es la primera vez.

EDDY.- (*Ayudándola a comprender.*) En un principio te dolerá pero después pasa. Tenemos ligas que creemos muy poderosas, y no son así; hay que sobreponerse a ellas. Yo tengo una vida muy accidentada y no quiero ser un obstáculo para tu felicidad.

CUCA.- (*Con un dejo de resignación.*) Tú fuiste mi felicidad; así... en pasado.

EDDY.- No, te vuelves a engañar... y en caso de que fuera cierto... yo no me siento bien, ando mal en la escuela, no puedo concentrarme. Mi mamá, mi carrera, mi vida, en fin. (*Total.*) Tengo necesidad de libertad.

CUCA.- Sí.
 EDDY.- (*Cambiando el tono.*) Tú has sido muy buena y yo he tratado de ser lo mejor posible contigo. No sé si lo he logrado.

CUCA.- Sí, lo has logrado.
 EDDY.- (*Tras la breve pausa.*) Podemos seguir siendo amigos.

CUCA.- Siempre acabas diciendo eso.
 EDDY.- No, pero es que ahora es definitivo.
 CUCA.- Bueno.
 EDDY.- Cuando haya oportunidad saldremos juntos a tomar un helado o a charlar, simplemente... Tú debes darme la seguridad...

CUCA.- (*Permanece callada.*)
 EDDY.- ¿Saldrás conmigo cuando te lo pida, Cuca?

CUCA.- (*Mustiándolo.*) Sí.
 EDDY.- ¿Sin resentimientos?
 CUCA.- Sí.

EDDY.- (*Descansando.*) Ojalá. Me voy más tranquilo. Adiós, Cuca y... gracias.

CUCA.- Adiós, Eddy.

Cuca hace mutis, Eddy permanece indeciso un momento y voltea hacia donde están los Atridas. Se fija en Tiresias y éste dice con serenidad.

TIRESIAS.- Espíritu mío, corazón mío, vas por la selva de la incertidumbre tropezando con rocas y cavernas, y ante el enigma de una carrera impía,

rechazas tus alas generosamente rotas. ¡Como tu existencia, espíritu mío, habrá de presentarse ante mis ojos!

Eddy sale y sube precipitadamente a su habitación; Adelina, que está a su máquina, se incorpora tras de su hijo, que se tiende en la cama dando muestras de alteración.

ADELINA.- (*Muy suave*) ¿Qué te pasa, hijo, otra vez en rebumbios? (*Sin obtener respuesta, se aproxima a él.*) ¿No me estás oyendo? ¿Qué te pasa? (*Tras de pausa y luego cautivada.*) Cuando miras así el techo de este cuarto, siento temor de que se venga abajo... (*Adelina se apoya en la parte trasera de la cama*)... tal es la fuerza de tus ojos. (*Llega a él.*) ¿Te comió la lengua un ratón, lucero?, o simplemente ya no me quieres...

EDDY.- (*Llevándole el juego.*) Ya no te quiero.

ADELINA.- (*Asentada en la cama y acariciando el cabello rizado del muchacho, le dice muy seductora.*) Mentiroso...

EDDY.- (*Ahogando la crisis.*) Mentiroso... (*Al tiempo que voltea a estrechar a su madre.*)

Pausa. Eufrosina y Libitina siguen de estatuas; Fedra, que pronto se cansó, ha recogido del suelo el muñeco y ahora lo carga a la manera de las indígenas, por la espalda.

EUFROSINA.- (*De través.*) Oye, Libitina...

LIBITINA.- (*Conservando su posición.*)

EUFROSINA.- Di Lotario, por favor.

LIBITINA.- Lotario.

EUFROSINA.- (*Dejando su forzada posición.*) Ah, por fin. (*Hace movimientos gimnásticos.*)

LIBITINA.- Ahora tú.

EUFROSINA.- Ahora yo, ¿qué?

LIBITINA.- Ahora tú dí Lotario.

EUFROSINA.- ¿Para qué?

LIBITINA.- (*Apurada.*) Por favor, Eufrosina.

EUFROSINA.- Lotario.

LIBITINA.- (*Deja la postura y se frota las articulaciones.*) Este juego me cansó.

EUFROSINA.- A mí me dio hambre, ¿quieres una limonada?

LIBITINA.- ¿Con qué?

EUFROSINA.- Yo tengo.

LIBITINA.- Mejor ve por la comida, mientras yo pongo la mesa.

EUFROSINA.- ¿Llevo trastes o que nos presten?

LIBITINA.- No, lleva, luego la mujer se enoja de que se le rompen y los gritos que pega.

EUFROSINA.- Sí, como son de árabes... (*Va al restaurante.*)

LIBITINA.- Con cuidado, Eufrosina.

Sale Cuca precipitadamente, tras los gritos de su madre; la siguen Catito y Maguito, una de las dos comiendo.

VOZ DE LA MADRE DE CUCA.- ¡Mala hija! ¡Qué corazón tan negro! ¡Cómo no te compadeces!

MAGUITO.- (*Visiblemente alarmada.*) Cuquita, ¿qué tienes, corazón?

CATITO.- ¿Qué te pasa?

CUCA.- (*Tratando de disimular su estado.*) Nada, voy a la iglesia.

MAGUITO.- (*Exagerada en su extrañeza.*) ¿Ahorita a la iglesia?

CUCA.- (*Determinada.*) Sí, déjenme.

MAGUITO.- Ni pensarlo, estás muy agitada, ¿a qué se debe?

CUCA.- No puedo ahora, después.

CATITO.- (*Altiava.*) Haz un poder, Cuquina, para eso estamos aquí.

CUCA.- (*Muy trágica.*) Eddy rompió conmigo.

LAS DOS.- (*Con desaliento.*) ¡Otra vez!

CUCA.- Parece que ahora es definitivo.

MAGUITO.- Bueno, ¿qué razones te dio?

CUCA.- Todas las que existen.

CATITO.- Pero tú ya las sabías, ¿por qué te apuras?

MAGUITO.- Ya sabías que tarde o temprano. Menos mal que fue temprano.

CUCA.- (*Abrumada.*) Me siento la mujer más abandonada de la Tierra.

LAS DOS.- (*Compasivas.*) Tienes razón.

CUCA.- (*Muy dolorida.*) Tan inútil para retenerlo, ¡cuántos lazos tendí para que no se fuera!

LAS DOS.- (*Exculpándola.*) Tuviste la voluntad de hacerlo.

CUCA.- (*Al borde del llanto.*) Yo ya hubiera muerto si no fuera por la revelación que me ofrecía.

LAS DOS.- (*Como en letanía.*) Cada día.

CUCA.- (*Illuminada.*) Amado mío, yo te resguardo.

LAS DOS.- (*Totales.*) Hay gente mala que no comprende.

CUCA.- (*Ídem.*) Tan lleno de ángeles que lo acompañan.

LAS DOS.- (*Ídem.*) Ángeles o chinchas, querubines o liendres.

CUCA.- (*Muy sentida.*) El encrespado mar de su cabello; la herida luminosa de su boca como un deseo abierto en el vacío.

LAS DOS.- (*Con íntima urgencia.*) San Serafín cordero, tú sabes lo que quiero.

CUCA.- (*En el apogeo emotivo.*) Todo él creciendo entre la yerba, levantando jirones; vértigo de una espera. (*Pausa breve y luego muy desdichada.*) Sólo soy una carne lastimada.

Se mete a la iglesia y las mujeres se van. Eufrosina retorna con los alimentos que le dieron los del restaurante.

EUFROSINA.- (*Como acusando.*) Mira lo que me dio la mujer.

LIBITINA.- (*Asomada al trasto.*) Uh... (*temerosa*) ha de ser de víbora. Yo no quiero.

EUFROSINA.- Ni yo, déjalo para la Fedra. Pero de esto sí.

LIBITINA.- ¿Qué es?

EUFROSINA.- Arroz con lombrices.

LIBITINA.- Ah, sí, eso les sale sabroso. Pero no son lombrices sino fideos.

EUFROSINA.- ¿Arroz con fideos? ¡Vaya! (Transición) Libitina, ¿cantamos antes de comer?

LIBITINA.- Antes sí, porque después, no; hace daño. ¿Cómo cuál?

EUFROSINA.- Olímpica.

LIBITINA.- Bueno. (Se disponen.) Una, dos, tres.

La canción vals irá acompañada de ademanes graciosos. Al cabo de la cual las tres comerán con fruición. La música es la del inicio del vals Olímpica.

LAS DOS.- Olímpica ilusión de amar
rendida obstinación al ver
tus ojos olvidar jamás
aunque el postrer adiós me des
por eso al recordar tu voz
convulsa de ansiedad estoy
cubriendo con dolor mi voz
te envió con dolor mi voz
olímpica ilusión de amar

Refiriéndose a Cuca, que ha salido de la iglesia exhibiendo una estado angustioso; oye los lamentos vuelve a entrar precipitadamente.

LOS ATRIDAS.- (Suavemente.)

Shhh... Un profundo respeto a esta ánima.
sola que no tiene con qué iluminar su sombra.
Se le agolpan las ausencias,
en su mente germinan los recuerdos,
la jornada de su pecho el abismo se le acorta.
¿En dónde encontrará un alma compañera?
Otra ánima tan sola que aúne su derrota.
Pues nada digno y grandioso ha surgido
acá abajo sin el consabido dolor.
Y es que el hombre no podrá separar lo
que los dioses unieron.

Llegan el Duque, Ramón y Diógenes en franco estado de ebriedad.

DIÓGENES.- Este mundo es tan triste; la vereda de la cuna al sepulcro es tan sombría que un alma siempre sola no podría soportar las fatigas del vivir.

EL DUQUE.- Así lo quiere Dios. Penas y goces debemos compartir con los que amamos para dicha mayor cuando gozamos para mejor consuelo en el sufrir.

DIÓGENES.- Un alma que está sola, que no tiene ni una pálida luz entre su sombra, que a nadie espera, que a ninguna nombra, que no tiene, ¡infeliz!, por quien llorar, que ante un recuerdo para siempre amado temblando de

emoción no se despierta, ¿no es verdad que es un alma que está muerta pues la vida del alma es sólo amar?

EL DUQUE.- Sí, por eso. Feliz quien ama, aunque el dolor impio su triste sombra el corazón arroje y tempestuosa la pasión deshoje la pasajera flor de la ilusión.

RAMÓN.- (Qué ha venido reflejando gran dolor en el rostro, dice profundamente.) Y lleno el corazón de una ternura que no puedo explicar... (Para hacer mutis rápido, camino del departamento de su cuñada, la maestra Minerva.)

Minerva entra a escena aterrorizada (ha huido de su casa a la llegada inesperada de Ramón), ve al Duque y a Diógenes:

MINERVA.- (Al Duque.) Don Manuel...

EL DUQUE.- (Dejando al policía; trata de recobrar la compostura.) Señorita profesora...

MINERVA.- (Se da cuenta del estado de ambos y decide no hablarles. Va junto a las locas.) Libitina, mire, quiero que haga un servicio. ¿Sabe leer?

LIBITINA.- ¡Qué esperanza!

MINERVA.- Entonces nada, gracias.

LIBITINA.- Pero si quiere le llevo el recado. (Imaginándose.) ¿Se trata del tal Ramón? ¿Ya se le puso intratable?

MINERVA.- (Evitando.) No, deja...

LIBITINA.- Y dónde que la autoridad mire cómo anda. (Minerva sale.) Con razón dice el periódico que la gente decente anda a merced de los locos y de los borrachos. ¿No, Eufrosina?

Mutis del Duque con Diógenes hacia la casa del primero.

EUFROSINA.- No, ¿qué?

LIBITINA.- (Llegando a ella.) Que no está uno seguro en ningún lado. No hay vigilancias. Yo por eso he dejado las colonias.

EUFROSINA.- Yo también.

LIBITINA.- Ya ves de noche las que pasamos. Aquí de perdida por lo menos hay tranquilidad; unos a otros nos estamos vigilando.

EUFROSINA.- ¿De noche aquí es bonito?

LIBITINA.- Yo creo... comienzan a caminar las puertas cargadas de mujeres y las paredes carcomidas se sueltan llorando como si fueran gentes, por más que se repiten.

EUFROSINA.- ¿Por aquí? ¿De qué?

LIBITINA.- Como solferino o como anaranjado y es que hasta el color les impone obligaciones, pobrecitas. Un día, una que se me aparece cuando levantaba yo el puesto de las coronaciones.

EUFROSINA.- (Admirándola.) Tú encoronabas las muertes, ¿verdad?

LIBITINA.- (Presumiendo.) Sí, yo en personal. Y que se me va paseando arrastrándome las patas como queriendo pelear.

EUFROSINA.- ¿Contigo?
LIBITINA.- Pero que le echo la manteca en plena cara y que sale brincando Judas; hasta el pelo se le volvió cenizo de la bilis. (*Recordando.*) Desde la mera cárcel...
EUFROSINA.- Con razón este lugar es de historia.
LIBITINA.- Sí, que le pusieron dos de abril porque era cumpleaños del obispo. Mejor voy al inodoro. (*Refiriéndose a sus propiedades.*) Ahí te encargo mis miserias.
EUFROSINA.- Déjalas, ya que vas...
LIBITINA.- (*Indiferente.*) No, tenles cuidado. (*Llega la restaurante y le dice a la propietaria:*) Doña Zakura, ¿no me permite entrar a su juzgado?
VOZ DE ZAKURA.- Basa...

Catito y Maguito se dirigen a la puerta de la iglesia a esperar a Cuca. Van enlutadas, Cuca sale abatida de la iglesia.

MAGUITO.- (*Arreglándose el velo.*) Cuca, nos hemos puesto de luto para estar con tu pena.
CATITO.- (*Estereotipada.*) Sí, estos dolores nos refrescan la herida de nuestra soledad.
MAGUITO.- (*Muy digna.*) Soledad que tratamos de llevar lo más dignamente posible.
CATITO.- Porque más vale estar solas que mal acompañadas.
CUCA.- (*Definitiva.*) No, yo no puedo... y es que no logro entenderlo. Me falta viveza, soy muy tonta.
MAGUITO.- Aparte de eso, qué bueno que lo reconoces.
CATITO.- Yo no creo que sea viveza lo que te falta, sino que el muchacho, es muy natural que piense en otra cosa más... ¿cómo diré?... no quiero decir "más mejor" porque es incorrecto.
MAGUITO.- Mi hermana quiere decir que él aspira a una mujer más... se me va la palabra... y la tengo en la punta de la lengua...
CATITO.- A ver, sácala.
MAGUITO.- Oh. (*Transición.*) Una mujer como artista.
CATITO.- Precisamente una artista que lo mantenga o por lo menos que vea por él.
CUCA.- (*Siempre humillada.*) Yo traté de ayudarle lo más que podía.
MAGUITO.- (*Reprochándole.*) ¿Cómo? ¿Pagándole el cuartito, comprándole libros, liquidando la cuenta? ¿Qué ayuda es ésa?
CATITO.- (*Aclarándole a su hermana.*) También le regaló un anillo con su esmeraldísima.
MAGUITO.- Entonces no dije nada.
CUCA.- (*Suplicante y llevándose la mano la cara.*) Muchachas, ¿por qué me dejaría tan sola? ¿No se van?
MAGUITO.- ¿Ahorita con este dolor? Ni Dios lo permita.
CATITO.- Contigo estamos en las buenas y en las malas.

CUCA.- (*Dando muestras de visible malestar.*) No se molesten...
MAGUITO.- (*Suspirando.*) Hemos pasado ya tantos casos de abandono, inclusive contigo misma, cuantas veces no te ha sucedido.
CUCA.- (*Mecánicamente.*) Me tengo que ir.
MAGUITO.- ¿Adónde? ¿Con la incomprendible de tu madre?
CUCA.- (*Ídem.*) Al cuartito.
CATITO.- ¿Te vas a suicidar? No te dejamos.
CUCA.- Quisiera poder hacerlo.
MAGUITO.- Ya sabes que no te sale y con las veces que llevas.
CATITO.- (*Con coraje.*) Aunque valdría la pena para darle un escarmiento.
CUCA.- (*Sorpresivamente.*) Ay, muchachas, ya no puedo. (*Se siente desvanecer.*) Adonde pongo mis ojos me lo encuentro. Toda la gente se le parece ahora.
MAGUITO.- No te fijas que como él hay muchos. (*Solicita.*) A ver, desmáyate. O si quieres ir a ver al oculista, te llevamos.
CUCA.- No, me negé la absolución desde que se lo dije. Mejor me desmayo. (*Se dispone a caer.*)
MAGUITO.- Con cuidado. (*La van acomodando en el suelo.*) Date cuenta, no tienes a nadie más que a nosotras.
CUCA.- (*Plagosa.*) Entonces díganme lo que hago.
CATITO.- (*Muy ridícula.*) Mira, yo en tu caso lo olvidaba y utilizaba mejor mis centavos.
MAGUITO.- (*Igual que la anterior.*) Yo en el mío no, ¿sabes lo que haría? Lo iba a sacar de donde estuviera y le decía que se dejara de payasadas, que ya está grandecito. (*Transición.*) Aunque eso tiene sus bemoles.
CATITO.- (*Con doble intención muy remarcada.*) El principal bemol es la cuota. A esos animales sólo se les ata con hilos de oro. Tú sabes.
CUCA.- (*Angustiada y lírica.*) ¿Y mis ojos? ¿Qué será de mis ojos que paseaban por su cuerpo?
MAGUITO.- (*Con aparente escándalo.*) Ya va a comenzar con sus inmoralidades. (*A su hermana.*) Cata, ve a traer una cebolla, porque el alcohol se le sube. (*Catalina sale y vuelve rápidamente con la cebolla.*)
CUCA.- (*Excitada.*) Como un joven dios arribaba y partía. ¿Qué va a ser de mis manos incendiando la pira de su cuerpo? Tan pronto saltaba como un pez fuera del agua y era un corcel en fuga por las nubes. (*Comienzan a frotarla con cebolla.*) Nunca será igual que antes, ni sus humeantes brazos ceñirán mis tinieblas. (*Muy suave.*) ¡Oh, amor, tantos cantos fecundos brotaron de mis ansias! ¿No te invadía acaso con mi terror cercano? Reservé mis mejores caricias como tributo a tu hermosura... (*Se incorpora y muy trágica.*) Pero el momento supremo ha llegado y esperaré mi ruina hundiendo entre las cenizas del infierno. (*Pausa breve.*) Mi corazón... (*Deja caer la cabeza.*)

MAGUITO.- (*Cortando la escena.*) Bueno, ahora te llevamos a tu casa porque ya nos cansaste, ¿eh?

CUCA.- (*Muy débil.*) ¿A mi casa? (*Como si despertara.*) ¿Dónde estoy?

CATITO.- (*Muy contenta.*) ¿Dónde estoy? Ay, qué bueno que lo dijo.

MAGUITO.- Estás en el infierno querida, y te vamos a llevar a la antesala.

CUCA.- (*Alterada.*) No, con mi madre, no.

MAGUITO.- Entonces, ¿con quién?, ¿quieres que te llevemos con el santo padre?

CUCA.- (*Al borde del llanto.*) Me va a sacar los ojos.

CATITO.- Tú píntale sus violines.

MAGUITO.- Nosotras te acompañamos. Con cuidado.

Camino de la casa de Cuca, ayudándola a sostenerse en pie, se oye a un Atrida.

UN ARTIDA.- Ah, las Furias y las Parcas con las palabras terribles, se disponen a desatar su ira.

MAGUITO.- (*Entrando a la casa; la madre, recostada en la cama, voltea.*) Señora doña Inclemencia, qué mejorada la veo. Aquí traemos a su pequeña hija Cuca que le dio su desvanecer a la mitad de la calle. ¿En dónde se la ponemos?

MADRE DE CUCA.- (*Friamente.*) Pónganla en ese sillón.

MAGUITO.- Quién sabe qué le pasó. La encontramos en el tiesto echando espuma color ladrillo por la boca. (*La conducen a un sillón.*)

CATITO.- Parecía semidiós de sindicato.

MAGUITO.- (*A la madre.*) ¿Quiere que le demos una friega?

MADRE DE CUCA.- No, ya no se molesten.

MAGUITO.- (*Oficiosa.*) ¿Usted no quiere algún té para el soponcio?

MADRE DE CUCA.- No.

CATITO.- Un poquito de azúcar.

MADRE DE CUCA.- (*Aburrida.*) Se les va a quemar la casa o les habla su mamá. Ya váyanse.

MAGUITO.- De su parte, cómo no. Usted salude a las suyas. Con permiso.

Las dos hermanas salen y dejan el rumbo de sus palabras. Cuca recostada en el sillón y su madre mirándola con dureza. Intervienen los Atridas:

LOS ATRIDAS.- (*Con sobriedad.*)

Palabras, palabras, palabras;

mecánica ancestral

y yo en las nubes.

porque el sufrimiento tiene antenas

y alambres que lo conducen

de boca a boca

o de corazón a corazón.

Palabras, palabras, palabras;

vasijas del dolor,

cuando los hombres me resultan

menos que nunca sagrados,
cuando un instante de su vida
no pueden transformarlo en una
eternidad de amor.

Palabras, palabras, palabras,
para emponzoñar la quietud de mi alma,
para descender hasta lo impronunciable
y contar la impunidad del mal
que me toca llevar a mis espaldas.

UN ATRIDA.- (*Descriptivo.*) Me acuerdo de mi abuelo y de mi padre y de lo difícil que les resultaba perdonar. Y es que su corazón había llegado a tocar el vacío.

OTRO ATRIDA.- (*Simple.*) Pero eso hasta después sabe.

El interior de la casa de Cuca.

MADRE DE CUCA.- (*Dejando caer las palabras ácidamente.*) ¿Quién podrá reparar el ultraje que tenemos impuesto? La deshonra familiar que me echas a la cara, ¿quién la subsanará? En este mundo sobran hombres para mujeres como tú: mujer pública y notoria; incapaz de tener nociones de lo que es el honor. Me odias y todos lo repiten porque has divulgado la sordidez de tu alma. Eres como un zapato viejo y descosido. (*Brusca transición.*) ¿Dónde están mis zapatos de raso? Los verdes. (*No obtiene respuesta.*) Te hablo, ¿dónde están mis zapatos de raso verde?

CUCA.- (*Tirada en el sillón, musita.*) Me mandaste quemarlos.

MADRE DE CUCA.- (*Con maligno brillo.*) Sí y te acuerdas por qué... (*Virando el tono.*) Ya no era posible de tan rotos. ¿Verdad, mi zapatito de raso descosido?... Pero ya ves cómo he sabido aceptar mi vergüenza. (*Pausa breve.*) No cambiarás nunca... El sentido de tu vida está trazado... Aunque mudes de piel seguirás siendo la misma culebra roñosa, siempre devolviendo el mal por el bien. (*Transición.*) ¿Qué te pasó? (*No obtiene respuesta.*) ¡Te estoy hablando!

CUCA.- (*Temerosa.*) Me desmayé.

MADRE DE CUCA.- Y buscaste lecho de rosas para derrumbarte, ¿no? (*Con mucho asco.*) Camina, cochina, no sé cuál de las dos esté menos inválida... Te cedo el trono, hija mía. (*Pausa y después cortante.*) Dame té.

Cambio de la casa de Eddy, sentado a la mesa y atendido solícitamente por su madre.

ADELINA.- (*A Eddy, muy preciosa.*) ¿Dulce, café o té?

EDDY.- Dame té, me calmará los nervios.

ADELINA.- (*Va a prepararlo.*) Qué, ¿tienes algún examen?

EDDY.- No, pero así es mejor.

ADELINA.- (*Desde la cocina y como tarabilla.*) Ojalá siempre estés nervioso para que dejes definitivamente el café; no quisiera que en esto te siguieras pareciendo a mí y estés en buen tiempo

de dejarlo. Si yo hubiera tenido a alguien que me dijera las consecuencias de tomar café como por necesidad, tendría más razón de mí misma. Leí en una revista que el café envilece al espíritu y bien cierto que ha de ser eso, porque nada más hay que ver las gentes de las regiones en donde se produce, son las más amoladas, con una falta de voluntad para enfrentarse aun a su mínimos problemas; como en Chiapas, por ejemplo, o en España, sin ir más lejos, donde lo único que pueden hacer es sentarse a una mesa pública y hablar y hablar, sin llegar nunca a nada. Yo pienso que esto lo sacaron también de los árabes, como todas sus malas costumbres, y después los españoles lo trajeron para acá. Lope de Vega...

EDDY.- (*Directo.*) Dame café.

ADELINA.- (*Sin dar crédito.*) ¿Cómo?

EDDY.- (*Preciso.*) Que me des café.

ADELINA.- (*Desconcertada*) ¿Tratas de burlarte de mí?

EDDY.- (*A punto de la exaltación.*) No, simplemente cambié de parecer: en vez de té quiero café. ¿Ya?

ADELINA.- (*Asombrada e indignada.*) ¡Habrás visto! Pedir té y cambiar a café porque...

EDDY.- (*Muy brusco.*) ¿Me lo vas a dar o no? Puedo bajar a tomarlo en cualquier parte.

ADELINA.- (*En el colmo.*) ¡Valiente sabroso te has creído que eres! ¡Ahora te tomas el té o lo derramas!

EDDY.- (*Disponiéndose a salir.*) Hasta la vista.

ADELINA.- (*Furiosa.*) ¡Eddy!

EDDY.- (*En la puerta.*) ¡Dije que quiero café y voy a tomarme todo el café del mundo, así tenga que ir a Chiapas, o hasta España, porque ahora mismo quiero café y si aquí no me lo sirven se dónde encontrarlo! (*Sale.*)

ADELINA.- ¡Con tus mujeres, ya los sé! ¡Ve a que te lo sirvan y a que te vuelvan un imbécil! ¡Idiota! ¡Mal hijo!

Eddy sale de su casa, entra al restaurante a tomar café. Casi detrás de él vienen Catito y Maguito.

MAGUITO.- Y por favor no tardes, que te voy a esperar para el trisagio.

CATITO.- (*Que lleva un maletín de partera.*) Todo depende de que esa señora se decida o no.

MAGUITO.- Ayúdala o úrgela.

CATITO.- (*Saliendo.*) Si por mí fuera.

Mutis de Catito, que va a un parto; su hermana permanece tejiendo en el zaguán. Llega Ramón sobrio, que viene del interior de la vecindad.

RAMÓN.- Buenas tardes, señorita.

MAGUITO.- (*Extrañada por la presencia.*) ¡Ah!, ¿cómo le va Ramón?

RAMÓN.- ¿Qué hace?

MAGUITO.- (*Sin dejar de hacer.*) Pues aquí como siempre, tejiendo.

RAMÓN.- (*Intencionalmente.*) Estará esperando a alguien...

MAGUITO.- A nadie. Sólo un ciego...

RAMÓN.- (*Estimulado por la acogida.*) ¡Qué caray! ¿Por qué un ciego?

MAGUITO.- Así se usa, ¿no?

RAMÓN.- Todo depende, usted es una señorita...

MAGUITO.- (*Virando la conversación.*) ¿Su cuñada...? No la he visto.

RAMÓN.- Que se fue por una medicina.

MAGUITO.- ¿Está solo?, quiero decir, ¿enferma?

RAMÓN.- No; para mí, pero usted sabe...

MAGUITO.- No, ¿qué cosa he de saber?

RAMÓN.- Nada, que es un puro pretexto, apenas entro, ella sale.

MAGUITO.- (*Con ligerísima picardía.*) ¡Jesús!

RAMÓN.- Injustificadamente. Yo soy inofensivo.

MAGUITO.- Según usted.

RAMÓN.- No lo sabré yo.

MAGUITO.- (*Con malicia.*) También... ¿teje?

RAMÓN.- También, aunque no para una ciega.

MAGUITO.- (*Permanece callada. Pausa.*)

RAMÓN.- Usted me tiene lástima.

MAGUITO.- (*Extrañada.*) ¿Yo?, ¡adiós!

RAMÓN.- Lo he notado. Desde antes.

MAGUITO.- Lo ha notado mal. Ni lástima ni admiración.

RAMÓN.- Es que conmigo es muy arrogante.

MAGUITO.- ¿Le parezco?

RAMÓN.- Pero tiene de qué. Y eso me agrada.

MAGUITO.- Estará usted mareado.

RAMÓN.- Ya no. Hace un rato tal vez; ahora sí sé quién soy yo.

MAGUITO.- Me parece mejor.

RAMÓN.- (*Con un toque de malicia.*) Y también quién es usted.

MAGUITO.- (*Muy ligera.*) Ah, ¿sí?, ¿quién?

RAMÓN.- (*Muy intencionado.*) Dos pobres gentes que esperan.

MAGUITO.- ¡Ja, ja, qué pretencioso!

RAMÓN.- Con la única certeza de la muerte.

MAGUITO.- (*Poco molesta.*) No se meta en lo que no.

RAMÓN.- (*Jugando a ser muy ceremonioso.*) Con todo mi respeto, ilustre dama aunque... (*Va a decir algo pero se retiene.*)... Bueno.

MAGUITO.- (*Curiosa y desafiante.*) ¿Qué pasó?

RAMÓN.- No, sólo tuve un pensamiento.

MAGUITO.- ¿No se puede conocer?

RAMÓN.- ¿Por qué no? Nada de malo tiene. Me acordé que el Cielo, el hotel de aquí a la vuelta, a la entrada tenía un letrero que decía algo así como que (*haciendo que se esfuerza en recordar*): "pierde más el que deja pasar una pasión, que el que la disfruta".

MAGUITO.- (*Dejando de tejer y considerando las palabras anteriores.*) Mmm... pues qué recuerdos se le vienen encima.

RAMÓN.- (*Pícaro.*) Yo digo.

MAGUITO.- (*Mirando friamente a Ramón.*) Sería ocurrente... ¿Con usted?

RAMÓN.- (*Seguro de sí*) ¿Ocurrente no más? El diablo anda en todos lados, como Dios.

MAGUITO.- ¡Vaya! (*Brusca determinación.*) Ya estuve mucho tiempo afuera. (*Insinúa marcharse.*)

RAMÓN.- ¿Por qué tan pronto?

MAGUITO.- (*Midiendo sus palabras.*) Es que salí a dejar a Catalina... que iba a un parto, ¡lo que se irá a tardar!, y como en la casa tenemos luz azul, quise descansar un rato de mis ojos... (*Inicia el mutis hacia su departamento.*)

RAMÓN.- Me parece correcto. (*La sigue.*)

Las últimas frases las dicen en el corredor de la casa. Entra Casi mordiendo una manzana, voltea discretamente a mirar a la pareja.

LIBITINA Y EUFROSINA.- (*A la niña.*) Adiós, carita de arroz.

CASI.- (*Deteniéndose.*) ¿Barrieron el patio?

LAS DOS.- ¡Cómo no!

CASI.- Ahorita me regreso a ver.

EUFROSINA.- (*Entre grandes gesticulaciones.*) Es que pasó el arzobispo y lo fuimos a saludar.

CASI.- (*Cayendo en el cuento.*) ¿A qué iglesia vino?

LIBITINA.- ¿Quién?

CASI.- ¿Cómo quién?, ¿pues no dicen que vino el arzobispo?

EUFROSINA.- Sí, pero no pasó a la iglesia.

LIBITINA.- No, no más pasó.

EUFROSINA.- Vino de la visita del sanatorio.

LIBITINA.- Por eso fuimos.

CASI.- ¿Y siquiera le alcanzaron a besar la mano?

LIBITINA.- ¡Uh, lo recubrimos de besos!

EUFROSINA.- ¡Cómo no estuviste!

LIBITINA.- Y nos preguntó por ti.

CASI.- Ya están payaseando. Que les preguntó por mí.

EUFROSINA.- (*Besando la cruz.*) Como estar Dios en los cielos.

LIBITINA.- ¿Qué si fuiste al toreo?

CASI.- (*Extrañada.*) ¿Adónde?

LIBITINA.- Al toreo.

EUFROSINA.- Y les contestó Libitina que te llevaron tus suegros al rancho, ja, ja, ja...

LIBITINA.- No es cierto, le dije que te habías ido a la leche que nos venimos Eufrosina y yo por la calle de atrás para no pasar por el refugio.

EUFROSINA.- (*Con horror.*) ¡Tan horrible!

LIBITINA.- (*Igual a la otra.*) ¡Como puros muertos, ay, Jesús!

CASI.- Cuántos cuentos inventan...

LIBITINA.- ¿Y eso? ¿No sabes que en ese refugio fantasmizan a los mortales?

CASI.- Ustedes siempre están con sus mentiras, mejor me voy.

LAS DOS.- (*Excesivas.*) Ay, no nos dejes, no nos abandones.

CASI.- Luego vengo a leerles, ahí les dejo la manzana, para la más bonita.

LAS DOS.- (*En el llanto.*) No, no... (*Quieren detenerla.*)

CASI.- Quedé de estar a las cinco con la seño. Vuelvo al rato. (*Se zafa.*)

LIBITINA.- (*Para sí.*) ¡Jesús, con las cosas que se miran!

EUFROSINA.- ¿Crees que regrese algún día?

LIBITINA.- ¡Qué esperanza, así pasa con todos; se van para no volver!

EUFROSINA.- (*Pensativa.*) Sí... todos... (*Gran pausa en la que ésta, como si escuchara alguna música inexistente, prosigue el diálogo conmovida.*) Libitina...

LIBITINA.- (*Distraída.*) Mmm...

EUFROSINA.- (*En idéntica actitud.*) ...cada que escucho esa música se me interna la tristeza.

LIBITINA.- (*Sin escuchar la música.*) ¿Cuál música?

EUFROSINA.- Ésa. ¿No la oyes tú? (*Deleitada.*)

LIBITINA.- ¿Es triste?

EUFROSINA.- (*Sin salir del encanto.*) Pues... (*contemplando a su amiga con gratitud.*)... es que me acuerdo de ti...

LIBITINA.- (*Correspondiendo.*) Gracias, Eufrosina, ¿sientes bien o sientes mal?

EUFROSINA.- Muy bien, porque me acuerdo de lo buena que siempre eres conmigo y mis semejantes.

LIBITINA.- (*Con desenfado.*) Sí, aunque podría ser peor.

EUFROSINA.- (*Sin abandonar su entrega.*) Ni cuenta me hubiera dado de conocerte antes, ¿dónde andabas?

LIBITINA.- (*Idem.*) Por ahí, haciendo mi primera comunión con mundo y medio.

EUFROSINA.- ¿No me extrañabas? ¿Por qué no me buscaste?

LIBITINA.- (*Sintiéndose requerida.*) ¿Buscarte? ¿Para qué? En cada esquina encontraba mi estación. Dando mulazos de ahogada, quién no...

EUFROSINA.- Yo tuve que llorar caudales para poderte encontrar.

LIBITINA.- A poco ya no lloras...

EUFROSINA.- (*Muy seria.*) Todavía y ahora con más empeño por si acaso te me vas.

LIBITINA.- Vale más; yo qué diera por no haberte conocido, ¡compromiso!

EUFROSINA.- (*Evocadora.*) Hasta pienso que nacimos la una de por la otra. Tengo tan presente el día... si tú hubieras regresado te perdía todo el respeto. Lo supiste conservar, Libitina.

LIBITINA.- La una de por la otra... ni que fuera tu mamá.

EUFROSINA.- No, mi mamá me tuvo y se le olvidó. Tú eres Libitina, que encoronaba las muertes.

LIBITINA.- Dices que te tuvo entre la yerba ¿no?

EUFROSINA.- Entre la yerba, sí, pero luego se me cayó de mis labios, ¡ay! (*Aguda.*)

LIBITINA.- *(Aguda.)* ¡Ay!, abandonada en su noche de bodas, me platicas.

EUFROSINA.- Sí, ése era el libro que leía.

LIBITINA.- Pero ni aprendiste, de qué te sirvió.

EUFROSINA.- Me sirvió de cura, cómo no, y desde entonces te busco, sin eso quién sabe...

LIBITINA.- Ahorita me acuerdo de cuando te emprestaron la casa y hasta los familiares te emprestaron.

EUFROSINA.- Me emprestaron... sólo tú y Dios saben lo que me emprestaron, casa y hermanos y comida y cuarto con acueste y todo.

LIBITINA.- Como cochina en engorda te tenían.

EUFROSINA.- ¡Y cuando te apareciste! ¡Qué felicidad tan dichosa! ¡Cómo hablabas! Luego que te escuché recogí tus palabras como regalos de los Santos Reyes.

LIBITINA.- ¿Qué querías?

EUFROSINA.- ¿Yo? Caminar y caminar para que tú hablaras siempre.

LIBITINA.- Esas gentes de las emprestadas como que te detenían la sombra, ¿verdad?

EUFROSINA.- Sí, pero después se les acalabró la suerte y les dio por olvidarme.

LIBITINA.- Tan trastornos...

EUFROSINA.- En su salud lo encontraron. Me debieran ver a mí cómo se me pone el pecho al oír esa canción que te comprende. *(Toma la mano de su amiga y como si deshojara pétalos.)* Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere...

LIBITINA.- *(Acariciándole la cara a Eufrosina.)* Sí, Eufrosina, sí, ahí te dejé mis coronas encima de tus recuerdos.

EUFROSINA.- *(Recostándose en su pecho.)* Sí... *(Suavemente inicia el canto.)* Con esta pareja me siento feliz se va la tristeza muy lejos de aquí. *(Separándose y cantándole muy tierna.)* Señora, señorita, usted sonreía en medio de la vida ¡qué linda alegría!

Los Atridas musitan la melodía y las dos mujeres se arrullan. Fedra trata de escuchar a los hombres y mira alternativamente a unos y a otras, cuando irrumpen marcando suavemente el compás el Duque y Diógenes, que traen consigo a un cilindrero, el que moverá la manivela sin arrancar nota alguna de su instrumento. Al concluir los Atridas, el Duque prosigue el canto.

EL DUQUE.- En las notas los salones
van vibrando los violines
con bemoles relativos y sostenidos
dan salida a su pistones.
Otra pieza más bonita
para que sigan bailando
chotis y vals y paso dobles
y mazurcas sigan gustando.
clarinetes y sopranos
bombardinos y zarzores
barítonos y saxofones
y bajos que conquistan corazones

Ligera pausa en la que el instrumento suena con el inicio del vals Olímpica; el Duque, dando giros bailables llega donde Felipa y le solicita la danza; ésta, desconcertada, no se decide sino hasta después de recorrer la vista y contemplar a Eufrosina y Libitina en rítmica pareja, a los Atridas moviendo sus manos limosneras al compás de la música, a Diógenes dirigiendo con su garrote al cilindrero y a Casi, que ha salido y mira encantada la escena junto a Eddy, parado en la puerta del restaurante.

TELÓN

ACTO TERCERO

Eddy llega a la casa de su madre y se supone la saludó sin haber obtenido respuesta.

ADELINA.- *(Con marcada indiferencia y dedicada a sus menesteres.)* Me tomo la molestia de indicarte que no te contesto, porque decidí retirarte el saludo por un tiempo bastante largo.

EDDY.- *(Se le acerca y trata de ser amable.)* ¿Estás enojada?, ¿ahora qué?

ADELINA.- ¡Vaya descaró! *(Le huye.)*

EDDY.- No seas rencorosa, tú me enseñaste.

ADELINA.- Ya estás grandecito para aprender.

EDDY.- *(Con seducción)* Nunca lo suficiente para olvidar que eres la madre más deliciosa.

ADELINA.- Si crees que...

EDDY.- Sí creo, ¿y qué?

ADELINA.- *(Molesta.)* Pues que estás muy equivocado, majadero.

EDDY.- *(Adulador y apasionado.)* Es que las chispas de tus ojos son como las luces de Bengala.

ADELINA.- ¡Bah, pedir té y luego cambiar a café!

EDDY.- *(La trata de abordar pero lo esquivo.)* Ya déjese de berrinchitos, mocosona, ni parece que tenga usted un hijo tan macizo.

ADELINA.- Un cuervo. Eso es lo que Dios me dio.

EDDY.- *(Muy tierno.)* Niña malcriada.

ADELINA.- No vivo para las contrariedades, ¡niña malcriada!, ¡irrespetuoso!, me estás dejando sin ojos.

EDDY.- *(Muy seductor. Al tiempo que va hablando, Adelina cae en la red.)* ¿Tengo yo la culpa de que los tengas tan ricos? Me encantan tus ojos de fruta fresca; todo tú como un oasis, vampiresa. ¿Quieres más?

ADELINA.- *(Encantada.)* Ja, ja, ja... aquí hay madera, no cabe duda, gitanazo.

EDDY.- *(Triunfante empieza el romance muy suavemente.)*

Mañanita de San Juan.

Mañanita de primor

allá va mi señora

entre todas la mejor.

ADELINA.- *(La mujer ha crecido y da pasos llenos de arrogancia. Describe sus palabras muy altiva. Madre e hijo replicarán como dos figurines de toreo:)*

Visto saya sobre saya
mantellín de tornasol
camisa con oro y perlas
bordada en el cabezón.

EDDY.- *(Apasionado.)*

En la tu boca tan linda
Hay un dejo de dulzor
Y en los tus ojuelos garzos
Un poquito de alcohol.

ADELINA.- *(En la cumbre.)* Así paso por las calles relumbrando como sol.

EDDY.- Las damas mueren de envidia
(fuerte), ¿y los galanes?

ADELINA.- *(Apoteótica.)* ¡De amor! Ja, ja, ja... ¡qué carambas! ¡Tan lindo mi García Lorca! ¡Venga acá! *(Lo abraza y lo cubre de besos.)*

EDDY.- *(Dejándose.)* ¿Ya se le quitó lo encamorrada?

ADELINA.- *(Con picardía.)* Mocosito malcriado.

EDDY.- Tan escaso el tiempo que nos dedicamos y luego para que lo mal utilicemos.

ADELINA.- *(Lo deja y sin rencor alguno.)* Escaso porque tú quieres, bien sabes que parezco monja.

EDDY.- Porque tú lo deseas.

ADELINA.- El pata de perro es otro *(marcando)*, y porque yo lo deseo no, sino por otras razones mucho más poderosas.

EDDY.- Ah, ¿sí? ¿Como cuáles?

ADELINA.- ¿No las conoces? El pan nuestro de cada día, por ejemplo.

EDDY.- *(Indignado.)* No comiences a humillar.

ADELINA.- *(Muy amorosa vuelve a él.)* ¿A ti, mi vida? Pero si te comprendo por completo.

EDDY.- *(La rechaza, infantil.)* Ya hemos hablado mucho de eso.

ADELINA.- Y, ¿quién quiere otra palabra? Cuando seas un ingeniero que levante casas o las tire, que tape los canales del desagüe para hacer avenidas, el gobierno...

EDDY.- *(Interrumpiendo brusco.)* No desvaríes, no desvaríes, que no es nada agradable.

ADELINA.- ¡Cómo! ¿Qué no es nada agradable transformarse en ingeniero?

EDDY.- No, sino estar prendido a una sola esperanza como a un único hijo.

ADELINA.- *(Con él, abrazándolo por la espalda.)* Tú encierras muchas esperanzas. Tú eres la materia prima, la semilla, el germen. He pensado tanto en cuando tú te cases, en tus hijos como pequeños arbustos bajo tu vasta fronda y con sus mismas ramas haciéndonos caricias como si fueran ángeles de nuestra guarda.

EDDY.- *(Dejándola.)* Un día te voy a traer un angelito y verás qué susto llevas.

ADELINA.- *(Con falso enojo.)* Pelado.

EDDY.- Eso es lo que debieras hacer, buscarme una buena novia, algo así como de la segunda generación de revolucionarios.

ADELINA.- *(Acertada.)* Ya te tengo una.

EDDY.- *(Iniciando el juego.)* ¿Ya? ¿Quién? Tu adoración: Pepita Jiménez.

ADELINA.- *(Siguiéndolo.)* No, Pepa no. Es de la nobleza, de casta y de linaje, parienta de reyes vivos y descendiente del emperador Justiniano I; oye misa de cuerpo presente en la catedral de san Patricio; la viste Christian Dior y quién sabe quién la desviste, pero acaba de llegar a México y en la foto que salió en el *Novedades* con todo y sus condecoraciones, se veía muy recatada y muy distinguida.

EDDY.- ¡Estupendo!, ya veo que de veras te preocupas. ¿Y cómo se llama?

ADELINA.- No me fijé, pero su tarjeta dice *(preciosista)*: "Princesita del Valle de Windsor" y en confianza los chicos de la ensalada ya le dicen de cariño Chitangüines.

EDDY.- Ja, ja, ja... estaría lucido; mejor me la hubieras hecho buena con Paola, retrataba potable.

ADELINA.- Te gustan macicitas, eh...

EDDY.- Ya ves que venero tu imagen divina.

ADELINA.- Gracias, pero yo creo que todo depende de que te sepas mover. Un poco de inteligencia y de estrategia y todo puede salir de boca. Todo depende también de que no te andes chamuscando en infiernitos.

EDDY.- *(En las nubes.)* Un golpe de suerte.

ADELINA.- *(Viendo prosperar la idea.)* Y si otros lo han sentido...

EDDY.- *(Pensando en el logro.)* De mascota de carnicería a reina de oros, ¡nada más!

ADELINA.- Para que veas, y a ti te consta la cola que llevaba.

EDDY.- *(Volviendo en sí)* ¿A mí me consta? ¡Házmela buena!

ADELINA.- ¿No leíste el periódico?

EDDY.- *(De mal modo.)* Chistosita...

ADELINA.- Entonces... *(Vuelve a la anterior imagen. Ahora gesticulará con el recuerdo.)* Sesentaicuatro metros de guipiur y coma de siete y medio con ribetes de zorro clorinado.

EDDY.- Con razón todo el mundo se la anduvo pisoteando *(ahora preocupado)*; pero no es eso, la cosa está en saber acomodarse.

ADELINA.- Todos los palcos del templo se volvieron palcos reales.

EDDY.- *(Vacilándola.)* ¿Pavos reales? ¡Ya...gallinerazo!

ADELINA.- Tu abuelita. No quiero imaginarme lo que sirvieron, trece a la mesa, pero dicen que a la rancia nobleza cuando le da por comer, sabe lo que hace.

EDDY.- *(Ídem.)* Claro, como que es una vez dentro del año. Ya hubo tiempo de aprender.

ADELINA.- *(Como repitiendo un poema.)* Luego las sábanas: de gasa romana con encaje de Brujas al roleo; las paredes de brocado jugando

con el armiño de las pantuflas de ella, él con su bata de terciopelo rojo como el estuche de una daga damasquina. Tan hombrote. Después todo es color azul con vivos plata para el arribo feliz del príncipe heredero.

EDDY.- *(Con falso lirismo.)* First love... I remember the kisses. ¡Oh!

ADELINA.- ¡Ah, y qué bueno que me acordaste! Los de más rompe que rasga por parte de la novia fueron...

EDDY.- *(Concluyendo.)* Ándale, asómate a la ventana para que te pegue el aire.

ADELINA.- *(En tono afectuoso.)* Eddy, hijo, vamos a hablar en serio, no somos unos niños...

EDDY.- Eso está mejor. Ahora te subes al púlpito y me lees la epístola. Menos mal que no te ha dado por hacerme una limpia para sacarme el chincualo.

ADELINA.- No, en verdad... *(Haciéndose la sufrida.)* Tú sabes cuál es mi mayor preocupación.

EDDY.- *(Tajante.)* Si te refieres a Cuca, ya puedes estar tranquila. Hoy mismo rompí con ella definitivamente.

ADELINA.- Es que con ésta van ocho definitivamente.

EDDY.- Bueno, nomás espérate a ver.

ADELINA.- Me aterra el pensar que te vayan a enredar ella y su mula madre. ¡Chantajistas!

EDDY.- ¿No estamos pagando puntual la renta?

ADELINA.- Sí, con el adeudo anterior de nueve meses, pero el Duque dice que me lo van a condonar en Hacienda por imposibilidad física y moral.

EDDY.- *(Irritado.)* Sí, ya lo sé, doña Lisiada.

ADELINA.- *(Temerosa de no concluir.)* No te sofoques, por favor, podemos correspondernos. Esa mujer tan necesitada es la única sombra de este bendito hogar contigo al lado.

EDDY.- *(A punto de estallar.)* Pues te repito que ya no existe.

ADELINA.- Ahí están Dorita o la Claraboya tan pazguata, para que te entretengas mientras.

EDDY.- *(Deteniéndose y disponiéndose a salir.)* De veras. Voy a la casa de Dora, quedé de pasar un rato. Mientras ¿qué?

ADELINA.- Mientras te ingenierizas para poderte casar. *(Sale Eddy.)*

EDDY.- *(En el corredor.)* ¿Con la Chitangüines?

ADELINA.- *(Gritando por el cuarto hasta salir al balcón.)* ¡Con la Chitangüines! ¡¿Por qué no?! ¡Se honraba la muy infanzona! ¿O qué no?

EDDY.- ¿Más?...

Eddy sale de su casa y al pasar por el jardín se cruza con Catito, que regresa del parto; junto a ella, la saluda con el clásico silbido.

CATITO.- ¡Vaya! ¡Quién lo viera tan machito! ¿Te fijaste, Cuquina, qué modos más soeces?

Tras de Eddy aparece Cuca, que lo ve retirarse.

CUCA.- *(Viéndolo que se va.)* Ahora... no volverá...

Cuca vuelve a entrar precipitadamente a su casa. Catito va a su departamento, trata de entrar, pero lo encuentra con el cerrojo puesto.

VOZ DE CATITO.- Margarita, ¿por qué te encierras? ¿Qué pasó? *(Pausa.)* ¡Margarita!

VOZ DE MAGUITO.- *(Alarmada.)* ¿Quién? ¿Eres tú, Catalina? No es nada, sino que quise concentrarme un rato.

VOZ DE CATITO.- Abre, mujer, por Dios, que tengo urgencia de entrar al baño.

VOZ DE MAGUITO.- *(Angustiada.)* Diles a los árabes que te lo permitan usar. No puedo abrirte ahorita pues me di un baño de tina y está todo mojado.

VOZ DE CATITO.- Pero, ¿quién te va a ver? Descorre el cerrojo y corre.

VOZ DE MAGUITO.- *(Próxima al terror.)* Ya te dije, por favor. Es un baño de placer, le dicen el temazcal.

VOZ DE CATITO.- Vaya con tus ocurrencias. Cómo voy a pedir un excusado y luego de restorán.

VOZ DE MAGUITO.- Entonces asómate a mirar si llueve.

VOZ DE CATITO.- ¿Qué?

VOZ DE MAGUITO.- *(Desesperada.)* Quiero vivir en paz tan sólo un momentito. Yo no te he pedido nada. ¡Lárgate para el jardín!

VOZ DE CATITO.- Esto sí que está chistoso. ¿Yo al jardín como las locas?

VOZ DE MAGUITO.- O como las flores, también. ¿Por qué nada más como las locas?

VOZ DE CATITO.- ¿Cómo rosas de Castilla o azucena de san Juan?

VOZ DE MAGUITO.- Como azucena de san Juan.

VOZ DE CATITO.- Entonces me voy al monte, no al jardín. Adiós.

Sale del corredor y se encamina coquetona hacia los prados. Tras de ella, llega su hermana apresuradamente, en bata.

MAGUITO.- Catalina, ¡qué bueno que te alcancé! No sabía lo que seguía.

CATITO.- *(Extrañada.)* ¿Qué te pasa, Margarita? Te vaya a dar un torzón.

MAGUITO.- No te ufanes, pero lo que me sucedió no te lo puedes perder.

CATITO.- Habla, mujer, que estoy en punto de calambre.

MAGUITO.- Primero dime cómo estuvo el parto.

CATITO.- Como siempre, muy bien. Le enterramos el ombligo para que crezca parejo.

MAGUITO.- Menos mal.

CATITO.- Pero tú. De ti se trata. ¿Qué pasó?

Con formato: Inglés (Estados Unidos)

Con formato: Inglés (Estados Unidos)

MAGUITO.- Pues nada, que me dio por subir la torre de la Latino, ni más ni menos que a pie... (*Mira nerviosa al zaguán.*)

CATITO.- ¡No!...

MAGUITO.- Y cuando iba por el piso veintisiete...

Ramón sale por el zaguán y al pasar cerca de ellas:

RAMÓN.- Buenas noches, distinguidas señoritas. (*Entra al restaurante.*)

CATITO.- Buenas noches, señor. (*A su hermana.*) ¡Uuh, quién lo viera tan derecho! ¿Y luego?

MAGUITO.- Sí, por el piso veintisiete... (*Salen.*)

Después de breve pausa, una de las locas les envía una sonora trompetilla. Entra un Atrida con solemnidad.

UN ATRIDA.- Oh, sombra, sombra. Todo va hacia la sombra.

Pero no, la maldad tiene una raíz más sigilosa; aquí no han de valer los juramentos, ni la saeta rota de las ilusiones.

En vano os cansaréis de esperar la señal luminosa, en vano arribaréis al anhelo más puro.

Durante la noche

el sueño llegará sin reparar la ocasión esperada.

Durante la noche

el pensamiento revoloteará como una mariposa perseguida.

Durante la noche

el corazón llamará con arrojo a la puerta del oído y nada habrá que no diga

que nuestro aliento cayó en un vaso roto.

Ay, ay, ay, fuerte cosa es amar por accidente.

Querer restablecer la tiranía

o desenterrar la llave de la conspiración.

Mas el pueblo le agrada las conjuras

y no será mi voz la que se agote

como el caudal de un río moribundo.

El Duque entra a escena y se dirige a las mujeres:

EL DUQUE.- (*Muy atento.*) Señorita Libitina, ¿no tiene usted la bondad de traerme mis bisquits, por favor? Antes de que se acaben.

LIBITINA.- (*Sintiéndolo mucho.*) Ay, don Duque, hoy sí no puedo. Como vino la Felipa, la tengo que resguardar. Sólo que quiera Eufrosina, pero sola no puede ir.

EUFROSINA.- (*De mal modo.*) Tampoco quiero. Para lo que habrá de dar.

EL DUQUE.- (*Gentil.*) Entonces tengan la amabilidad de enviarme a su representante.

EUFROSINA.- A veinte.

LIBITINA.- (*Entre notorias muecas.*) No es eso sino que... No es eso sino que...

EL DUQUE.- (*Insistiendo con delicadeza.*) Si todas las noches le infiero esta molestia, y bien que la retribuyo, no sé ahora por qué no.

LIBITINA.- De los males el menor. Si quiere que le diga a doña Fedra, quién quite y pueda ir. Yo de veras no, si no ni modo.

EUFROSINA.- Sí, a lo mejor sí se anima; como anda de muerta de hambre, puede ser.

LIBITINA.- (*Con picardía.*) Si ya hasta bailaron juntos.

EUFROSINA.- Por qué no mejor se casan. Ya le hicieron su muchacho.

LIBITINA.- Aunque me diera dos pesos, no podría. Si viera cómo lo siento.

EL DUQUE.- (*Refiriéndose a la imposibilidad de Felipa.*) Se lo tendría que apuntar. ¿O creen ustedes que pueda? Nunca me ha hecho el favor.

LIBITINA.- Primero vea usted si quiere; de poder, pues por qué no.

EUFROSINA.- Escríbale un poema, ya que se van a casar y para lo que me importa.

EL DUQUE.- Voy a tratar. (*A Felipa muy ceremonioso.*) Señorita Felipita... (*A las anteriores.*) ¿Felipita, verdad?

LIBITINA.- Federica o la Felipa, es igual.

EUFROSINA.- Federica, la grandota o Federoca.

EL DUQUE.- (*A Felipa, con excesiva ceremonia y compromiso y a base de transiciones bruscas.*) Vengo a pedirle un sufragio, ¿no se quiere refugiar?... (*Excusándose.*) Porque tengo una visita... la señorita Libita me indicó...

(*advirtiéndole*) no se vaya usted a sombrar, al pasar. Dicen que es muy buena gente, pero hubo una dificultad con el chino que los hace. El chino y...

(*muy añorante*) yo desde chico, acostumbro los bisquits con chocolate, de metate. (*Con dolor.*)

¡Qué esperanza! Cuando chico... la casa se nos quemó, por eso. Si no, no la interfería. (*Sintiendo mucho la emoción.*) La sorpresa, Godefroy, mi abuelita y su calesa, ¡qué tragedia!, en viaje hasta la tristeza. (*Pausa. Muy atento.*) Felipita, señorita,

la española, la yanqui, la francesita, mejores lauros ceñí... Ando buscando a mi nana, ¿no la ha visto por aquí? (*Tendiéndole el billete.*) Ojalá me dé recibo, es un peso nada más; ay, no piense que me humillo al firmar mi rendición, de mis lpirangas vengo, a mis lpirangas voy... (*Pausa breve.*) ¿Eh?

Fedra lo ve, toma el peso y se levanta rumbo al café de chinos.

LIBITINA.- (*Que los estuvo observando.*) ¿Ya ve...?

EUFROSINA.- ¿No se lo estuve diciendo?

LIBITINA.- Así son las nuevas cosas.

EL DUQUE.- (*Componiéndose el atuendo.*) Los nuevos modos, dirán.

LIBITINA.- (*Indiferente.*) Ni modos.

EUFROSINA.- (*Idem.*) Para lo que me importa.

Fedra retorna con una bolsa de pan y comiendo un bísquet.

EL DUQUE.- (*Muy complacido.*) Oh, mi agradecimiento y si usted no tiene impedimento físico o moral, como dijera el clásico: "folguemos, tras suculento yantar"

Se van: Fedra adelante del Duque, marcando sus pasos con una cadencia exagerada. Ramón, que ha entrado al café, ve llegar a Minerva y se para a detenerla sorpresivamente.

RAMÓN.- A usted me la quería encontrar, paloma.

MINERVA.- (*Tratando de zafarse.*) ¡Suéltame!, no des lugar.

RAMÓN.- Sólo si me acepta un cafecito.

MINERVA.- (*Suplicante.*) No, por favor.

RAMÓN.- Sí, creo que es de una vez por todas.

MINERVA.- No traigo dinero.

RAMÓN.- No importa, porque ahora me vas a permitir que yo te lo invite.

MINERVA.- (*Temerosa de ser descubierta.*) Vamos mejor a la casa, aquí hay demasiada gente.

RAMÓN.- No, a la casa no, yo corro el riesgo de quedarme solo y tú a lo mejor de no volver a salir.

MINERVA.- (*Accede.*) Está bien...

Se sientan a la mesa y Ramón pide otro café.

RAMÓN.- (*A la mesera.*) Otro café.

VOZ DE DOÑA ZAKURA.- ¿Americano o express?

RAMÓN.- (*A Minerva.*) ¿Cómo?

MINERVA.- Americano, es igual

Esperan a que llegue la mesera, que no es doña Zakura.

RAMÓN.- (*Grave.*) Me parece que lo que te voy a decir va a ser en serio. (*Pausa.*) He decidido no volver a molestarte.

MINERVA.- (*Incrédula y molesta.*) Bah...

RAMÓN.- (*Hablará con mesura y profundo afecto.*) De veras. Al amanecer salgo de viaje... Uno o dos años, quizá. Al regreso pasaré por aquí, sólo por si recuerdas... Tú vas a mejorar, estoy seguro, el ascenso a inspectora y por ahí le sigues a ver si llegas a secretaria de Educación... A lo mejor cuando vuelva tienes coche y asuntos culturales... (*brusca transición*) pero escucha: tú sabes, desde los diecinueve años te vengo llevando en ascuas. Sé que Dios así lo habrá dispuesto y también que poco te curarás de mí con esta ausencia, pero te suplico que mires con agrado esta buena ocasión de decírtelo de una vez. (*Con amargura.*) Un hombre como yo, tan oscuro, tan lleno de tinieblas por todos los costados y con la única luz tan lejos, tan alta, tan

sin poderla alcanzar. (*Pausa breve.*) Señorita profesora, créame, he sentido mucho los tantos malos ratos... pero deje su corazón de cofre para guardar el inmenso cariño que le tengo...

MINERVA.- (*Conmovida.*) ¿Adónde vas a ir?

RAMÓN.- Al otro lado.

MINERVA.- ¿Cómo?

RAMÓN.- Como todos, viene la cosecha del *tomato*, como le dicen allá.

MINERVA.- ¿Y los papeles?, ¿tienes tu paso arreglado?

RAMÓN.- Un amigo, distinguido caballero de la mejor sociedad de Villa Acuña, por ahí dicen que es fácil.

MINERVA.- ¿Te ha dado seguridades?

RAMÓN.- (*Con marcada extrañeza.*) ¿A mí? Las gentes como yo se reservan el derecho de exigir seguridades. Es una de las muchas cosas que no se nos permiten. Por ahí pasan todos y los mismos agentes los protegen, no hay riesgo... la cosa se nivela con la cuota.

MINERVA.- Piensas... ¿cambiar de vida?

RAMÓN.- (*Muy irónico.*) Por favor, señorita profesora, qué preguntas se te ocurren, ¿cambiar de vida!, ¿crees que a estas alturas...? No, cuando mucho cambiaré de bebida solamente...

MINERVA.- (*Molesta.*) Ya estás de cínico de nuevo.

RAMÓN.- (*Evitando a toda costa la lejanía.*) No te molestes... otra vez sentí que caminábamos juntos y de pronto dabas marcha atrás... hasta el día ese... (*muy dolido*) cuando los niños fueron arrebatados por el huracán, junto con los juramentos.

MINERVA.- (*Reprochándole.*) El huracán de tu injusticia. Ramón.

RAMÓN.- Shhh... todo el mundo lo sabe (*ligeramente frívolo*): en el palacio del rey se aposentaron la Desventura y la Desolación; Febo, el dios de la Poesía, cohabitó con ambas, y de su unión nacieron sonrisas infantiles para que fueran cercenadas. (*Pausa breve y luego con gran angustia.*) Los niños que debieron ser nuestros hijos, Minerva.

MINERVA.- Tendré que irme.

RAMÓN.- (*Apresurado.*) No, no volverá a suceder, te lo cumplo. Un momento no más, ya ve que soy capaz de recobrar el pudor después de todo. ¿No quieres otra cosa?

Margarita, que en un momento anterior había salido para ver a Ramón, irrumpe dirigiéndose al mostrador. Los anteriores se inhiben un poco

MARGARITA.- (*Muy ostensible.*) Dos tostadas de pata, por favor: una con mucho chile y la otra regular. Que no vaya a estar correosa la tortilla y la carne bien rasurada. ¿De qué queso le ponen? De ése, no. ¡Uy, qué lechuga tan chamagosa! Despácheme bien, que ya va siendo tiempo de que aprendan a considerar a los clientes, sobre todo si son vecinos, ¿o no? (*Haciendo que*

Con formato: Francés (Francia)

descubría a los otros.) Ah, qué tal, Minerva, tanto gusto, ¿por dónde salió el sol? ¿Cenando?

MINERVA.- *(Con forzada intención.)* Buenas noches, ¿no gusta?

MARGARITA.- Nada, estamos haciendo lo mismo y nos acordamos de las tostadas de doña Zakura. Árabe, árabe, pero bien que se las sabe, quién lo dijera.

MINERVA.- Sí...

MARGARITA.- *(Con malicia.)* Pero ya no los distraigo y lo bien que se van reconciliados. Felicidades. No dejen de participarnos, ¿eh? *(A la mujer que le da las tostadas.)* Me las apunta con plato y todo, sin agrandar, que tengo buena memoria. *(Sale.)*

MINERVA.- Vamos a la casa, te prepararé algo.

RAMÓN.- No, yo con esto quedo bien.

MINERVA.- *(Después de pausa.)* Ramón... *(muy sincera)* tú sabes que deseo sinceramente que te vaya bien.

RAMÓN.- Sí, lo sé y te lo agradezco.

MINERVA.- Ojalá te decidieras por arreglar antes tu entrada.

RAMÓN.- *(Indiferente.)* Es igual, tan chuecos andan ellos como nosotros.

MINERVA.- Sí, pero tienen el dinero.

RAMÓN.- *(Acertando.)* Por eso voy únicamente, quizá al regreso pueda comprar el respeto de mis conciudadanos; pueda contar con una memoria más amable, pueda... en fin, tantas cosas. *(Transición.)* Ahora sí, cuando tú gustes.

Se levantan: Ramón va al mostrador para pagar; van rumbo a la casa y al llegar al zaguán:

RAMÓN.- Aquí te dejo.

MINERVA.- Adiós, Ramón, buena suerte.

RAMÓN.- *(Conciliado consigo mismo.)* Buena suerte y... sano juicio.

Se va. Minerva queda en el zaguán, viendo conmovida cómo se aleja. Llega Casi.

CASI.- *(Reclamándole.)* Que conste, seño, que la fui a buscar a la hora que quedamos.

MINERVA.- *(Todavía en la escena anterior.)* ¿Sí? No estuve en toda la tarde.

CASI.- Pensé que se había ido al centro.

MINERVA.- No...

CASI.- Se fue al cine... ¿con su novio?

MINERVA.- *(Tras de breve pausa intencionada.)* Sí... me fui al cine con mi novio, pero ya regresé... ¿No vienes? *(Inician el mutis.)*

CASI.- *(Con propósito de comunicar algo grave.)* No sé, pues estoy un poco inquieta, como nerviosa... con presentimientos...

MINERVA.- ¿Tú? ¿Por qué?

CASI.- Es que la señorita Cuca; fíjese que cuando pasé por la puerta de su departamento...

Desaparece la voz de Casi y se ilumina el interior de la casa de Cuca con su madre, en tensa situación de conflicto.

CUCA.- *(Decidida a rebelarse.)* Lo único que puede pasar es que Dios me libere de tus santas manos.

MADRE DE CUCA.- *(Secamente.)* Sí, que tú no haces nada si no es por mandato de Dios y de los ángeles, no me acordaba.

CUCA.- *(Desafiante.)* Porque a pesar de tus maldiciones estoy en gracia con Dios y no me llegan.

MADRE DE CUCA.- *(Nauseosa.)* Tu gracia o tu pecado mortal me tienen si cuidado.

CUCA.- *(Echándole las palabras a la cara.)* "Todas mis palabras y mis actos están en la mano de Dios y a Él me atengo."

MADRE DE CUCA.- *(Con retorcida ironía.)* "He aquí realmente una buena mujer. ¡Siquiera fuera ella inglesa!"

CUCA.- *(Determinada.)* Por eso es que prefiero morir.

MADRE DE CUCA.- *(Siguiéndola.)* De acuerdo, pero, ¿el infierno?

CUCA.- *(Inicia el trastorno.)* No seré condenada al infierno.

MADRE DE CUCA.- Por tu linda sonrisa precisamente.

CUCA.- *(Exaltada y ahogando cada frase.)* ¡Por mi pureza! La vos de Dios me mantuvo... limpia de mancha.

MADRE DE CUCA.- *(Hiriente.)* ¡La voz de Dios! ¿En dónde te la conseguiste?

CUCA.- *(Iluminada.)* ¡En el santuario del amor que le formé!

MADRE DE CUCA.- *(Destruyendo ácidamente la imagen.)* ¡Tu cuarto de prostituta, descarada! ¡El lupanar de Zeus, con toda seguridad! *(Cuca, muy perturbada, sale a la calle.)* ¡Ven acá!

Cuca en la calle, con muestras visibles de perturbación, entra a la iglesia, a dar fuertes gritos. El sacristán la saca del templo.

CUCA.- *(En la misma exaltación.)* Y dígame al padre Juan que yo respeto mucho sus disposiciones *(muy marcado)*, "sí, pero primero a nuestro Señor" *(estoica)*, y como buena cristiana moriré, yo no soy ninguna sarracena. *(Con débil tono y cantando.)* Y teniendo en cuenta la enfermedad que padezco, me hallo en peligro de muerte, y si mi cuerpo parece, espero que lo enterrarán en tierra santa *(amenazante)*, y si no lo hace, tendrá que vérselas con nuestro Señor. *(Voltea y sigue muy angustiada.)* Mi cuerpo como un sarcófago limpio y entero para esta alma mía tan desgarrada. *(Desgarrada.)* ¡Oh, clamo ante Dios, el gran juez, de los errores y las ignominias que conmigo se cometen!

Cruza para ir a la casa, con cautela saca el veneno y va a llamar a puerta de las solteronas para volver al jardín y suicidarse.

CUCA.- *(Afuera)* Muchachas, mis únicas cadenas, las timadas voces de mi sacrificio *(rotunda)*, vengo a participarles de mi muerte. *(Entra a la escena.)*

MARGARITA.- Ay, niña, qué maneras, ¿a estas horas?

CUCA.- Salgan, afuera ha quedado instalado mi cadalso.

CATALINA.- ¿Lefia verde? *(Llegando.)*

CUCA.- No, crucero de san Andrés dando de vueltas.

MARGARITA.- *(Aburrida.)* No te sale, pequeña, ¿cuántas veces antes?

CUCA.- No me importa; ahora sí, es por mandato divino.

CATALINA.- ¿Ya imprimiste las estampas?

MARGARITA.- ¿Estampas? Dirás los recordatorios, no es primera comunión.

CUCA.- *(Con doliente actitud.)* Ustedes son lo único que me dejaron de herencia mis mayores. No me abandonen. *(Le da el sobre con veneno.)*

MARGARITA.- *(Toma el sobre y lee.)* Concentrado de anhelos desorbitados. Laboratorios de la búsqueda infinita. *(Asombrada.)* ¡Hazme el favor! *(En el sobre.)* Es de empleo delicado.

CUCA.- *(Al escuchar lo último.)* ¿Ven?

MARGARITA.- *(Incrédula.)* Lo mismo de la otra vez.

CUCA.- *(Insiste.)* No, éste es el concentrado, la otra era solución diluida al diez por ciento.

CATALINA.- Yo propongo que primero le demos una probada a las locas para ver si surte efecto.

CUCA.- *(Ansiosa.)* Sí surte, no lo prolonguen.

MARGARITA.- *(Terminante.)* Cuca, ¿para qué nos llamaste? ¿Para andar con carreras? Se supone que ésta es una cosa seria, ¿me equivoco?

CUCA.- *(Muy profunda.)* Es la cosa más seria que quiero que me suceda.

MARGARITA.- Entonces, con todas las de la ley, ¿le dijiste a tu mamá?

CUCA.- Me dio su consentimiento.

MARGARITA.- Correcto. Primero a despedirse de todos: dales las margaritas a los cerdos. *(Refiriéndose a los Atridas.)*

CUCA.- ¿Cuántas? *(Contando el dinero de su bolsa.)*

MARGARITA.- Trece, ya lo sabes, hoy es martes. *(A su hermana.)* Catalina, disfrázate para el caso; guantes de hule. Me traes mi bastidor. *(A Cuca.)* ¿Acabalas?

CATALINA.- ¿Vaso con agua?

MARGARITA.- A ver. *(Lee en el sobre:)* "...disuélvase..." Sí. *(A cuca.)* ¿Lo quieres con vino rojo?

CATALINA.- *(Interviniendo.)* No, mejor de consagrar; vino rijo no tenemos. *(Sale cantando.)* En la copa del amor...

MARGARITA.- Perfecto. *(A Cuca que llega a ella.)* ¿Cuánto te quedó? ¿Como cuánto?

CUCA.- Nada más ocho noventa.

MARGARITA.- Bah, tan méndiga como siempre, quién te viera dueña de casa. *(Indicando a las locas.)* Ahora despidete de las bacinicas.

CUCA.- *(Llegando a ellas.)* Adiós, muchachas, ya me voy a suicidar.

LIBITINA.- *(Sin comprender.)* ¿Ya? Vaya, qué bueno y mero cuando nos disponíamos a retirarnos.

CUCA.- Quédense, por favor, es un momento. *(A Eufrosina.)* Adiós, Eufrosina.

EUFROSINA.- Adiós, que le vaya bien. *(Tras de pausa, a Libitina.)* Libitina, ¿qué es suicidar?

LIBITINA.- ¡Sepa!, pero se me figura que es como volver a nacer, de vez en cuando...

EUFROSINA.- ¿Será?, pues ya que estamos aquí nos quedaremos para ver.

LIBITINA.- Claro.

Entra a escena Catalina vestida de partera: copa de vino y un bastidor.

CATALINA.- A ver, Margarita, súbeme el bozal. *(Refiriéndose a la copa de vino.)* ¿Está bien el tanto?

MARGARITA.- *(A Cuca.)* ¿Cómo la ves? *(A Catalina.)* Hubieras traído una jarrita con repuesto.

CATALINA.- No me dijiste.

MARGARITA.- A ver, el bastidor. Apuntes *(como si bordara):* para tu mami.

CUCA.- Para mi mamá: el deseo de que esta ocasión no me salga tampoco.

MARGARITA.- *(Repasando)...* tampoco. Para... ¿él?

CUCA.- *(Muy sentido.)* Para él... mi último pensamiento como el primero.

MARGARITA.- Entonces espérate hasta lo último. *(Transición.)* Para doña Fregalina Pons, la desgraciada madre.

CUCA.- *(Con coraje.)* A ella le dejo a su hijo... y también a mi mamá.

MARGARITA.- ...mamá. *(Transición y conociendo bien las obligaciones.)* A nosotras, ya sabemos: tenderte boca arriba, cuidar de los que dices para que la gente no se entere, llamar a las dos cruces, quitarte el reloj, la bolsa... ¿anillos? *(Ve que no lleva.)* Niguas. ¿Medallas? *(Las observa.)* Parecen de papelillo... No te las quites.

CATALINA.- *(Inicia el llanto.)* Ay, Cuquita, tú hasta el último momento te conservas muy de al tiro.

MARGARITA.- *(A Cuca.)* Bueno, a la hora que tú digas.

CUCA.- *(Con leve resistencia.)* ¿No será mejor en una banca de la iglesia?

MARGARITA.- *(Rechazando la idea.)* ¿Ahí encerrada? Luego los de las cruces no entran.

CUCA.- (*Temerosa.*) Por lo menos en las escalinatas.

MARGARITA.- (*Con desprecio.*) ¿Entre tanto apestoso?

CATALINA.- (*Apremiando el hecho.*) Pues yo digo que aquí está bien y por favor aprisita, que ya me suda la cara.

CUCA.- (*Armándose de valor y resignada.*) Está bien... Adiós muchachas. (*Abraza a Catalina.*)

CATALINA.- (*Llorando.*) Ay, adiós, Cuquita.

MARGARITA.- (*Con gran solemnidad.*) Adiós, María del Refugio Sobrevals, virgen y mártir: *pulvis eris et pulvis reverteris.* Siempre nos tuviste acalambradas con esas manos tan rotas, esos ojos tan tristes, como una tumba fría en este valle del dolor: hija de la derrota, descendiente de esperas aturdidas, ¡cuánto te compadezco y te desprecio! Adiós y bebe, vas al rumbo de ti misma. (*Con devoción le entrega la copa.*) Abre sus labios, Señor.

CATALINA.- (*Sigue llorando.*) Salud.

MARGARITA.- ¿Será suficiente?

CUCA.- (*Con cuidado.*) Yo creo que sí.

Cuca toma el veneno. Se ve a su madre levantarse dificultosamente de la cama y observar la escena del suicidio de su hija, desde su ventana.

MARGARITA.- (*Ayudándola a tenderse en el prado.*) Ahora a esperar para llamar a las cruces. (*Le quieta el reloj.*) Sincronicémonos: tiempo: son las 22 horas, 32 minutos y 17 segundos. Plan HCN. (*A Catalina.*) Empieza. (*Permanecerá de pie, bordando graciosa.*)

CATALINA (*Inicia los masajes con mezcla de exorcismos en Cuca.*) Bueno, bueno, llamando, misericordia de Dios. Bueno, bueno, llamando. Cambio.

UN ATRIDA.- (*Muy lento y trágico*)

Bueno, bueno, misericordia de Dios contestando: ¡Ah, el vaso de elección de los profundos agravios de los opacos ánimos

de la íntima desolación!

Pobre mujer, pobre mujer.

Despedazada entre las imprecaciones de tres madres impuras.

Cómo empieza a romper su dolorido vientre, su infecundo vientre

dolorosamente casto o cuidadosamente muerto,

pobre mujer, pobre mujer,

tocada con la virtud menos noble

y menos generosa.

(*Amarga transición.*)

¡Dejadme, que mi desdicha es grande pues su madre la maldijo equivocada!

OTRO ATRIDA.- Cambio.

CATALINA.- (*Sigue en su tarea.*) Bueno, bueno llamando. Salud de los enfermos. Bueno, bueno. Llamando. Cambio.

ATRIDA 3.- (*Igual que el anterior.*) Bueno, bueno. Esperanza que se ahora contestado:

¡Oh, caballos odiosos, sierpes intolerables!

Sus derruidos miembros la abandonan.

En vano fue piadosa, en vano misericordiosa, aquerenciada como estuvo a su propia desventura por órdenes del cielo.

Pobre mujer, pobre mujer.

Qué sombríos augurios le reservaste al mundo:

(*Inicia un ritmo que ira creciendo en los personajes posteriores.*)

Las lágrimas abundarán,

las pérdidas de tantas prendas ricas abundarán,

la iniquidad y la miseria entre los hombres abundarán.

ATRIDA 4.- Cambio.

CATALINA.- (*Con dificultad y luego acelerando.*)

Virgen prudentísima. Virgen fiel. Vaso de verdadera devoción. Rosa Mística. Cambio.

LIBITINA Y EUFROSINA.- (*Creciendo.*) Torre de David. Torre de marfil. Casa de oro. Arca de la alianza. Cambio.

CATALINA.- (*Casi frenética.*) Puerta del cielo. Estrella de mañana. Cambio.

EL ATRIDA TIRESIAS.- (*Muy lento, muy grave y muy triste.*)

Reina

concebida

con la culpa

original.

ATRIDA 6.- (*Musita amargamente.*) Amén.

Hay una pausa suspensiva. Catalina empieza a darse cuenta de que Cuca ha muerto, trata de hacerla reaccionar agitándola casa vez con más fuerza; se arrebata el bozal, los guantes y queda muy próxima al terror.

MARGARITA.- (*Con gran inquietud.*) ¿Qué pasa? No es tiempo todavía.

CATALINA.- (*No dando crédito.*) Ya no respira, yo creo que se le complicó con un síncope.

MARGARITA.- (*Muy preocupada.*) ¿Estás segura? Trae una cebolla, pronto. (*Se acerca a Cuca.*)

CATALINA.- ¿De qué edad? (*Va por la cebolla y retomará pronto.*)

MARGARITA.- (*Urgiéndola.*) De la que sea, ¡pero pronto!

Se oye aproximarse el canto agudo de la sirena de la Cruz Roja; llegan los ambulantes rítmicamente. Las luces del edificio se prenden sucesivamente.

MARGARITA.- (*A los ambulantes, con grandes señas de dolor.*) Rápido, señores, otro poquito y no llegan.

Los ambulantes y el practicante se percatan del estado de la muerta.

AMBULANTE.- (Con vulgar tono.) ¿Usted es la madre?

MARGARITA.- ¿Yo?, no, su mamá vive ahí. Es la que da a la ventana.

PRACTICANTE.- (Friamente.) Esta mujer está muerta, no nos corresponde. Tendrán que hacer el levantamiento del cadáver. (A un ambulante.) Llámate al licenciado, de un jalón.

MARGARITA.- (Sin aceptar el hecho.) Pero no sea usted tan ligero hombre de Dios, haga usted algo. Cerciórese bien, las apariencias engañan.

PRACTICANTE.- Ya me he cerciorado; no puedo devolver la vida. Está muerta, y a juzgar por el color creo que fue envenenamiento. (Con delicadeza.) Está quietamente cianótica.

Llega el Abogado: abrigo y sombrero de ala ancha con su ayudante Rigoberto. Algo de gente en la escena en torno de la muerta y asomada a la ventana, Adelina expectante. Los Atridas irán haciendo mutis en determinados parlamentos del Abogado; deberán salir dando muestras de inconformidad con las imbecilidades del Abogado.

LICENCIADO.- (Petulante.) ¿Suicidio u homicidio? ¿Qué me dicen?

MARGARITA.- (Inquieta, al ambulante.) ¿Quién es?

LICENCIADO.- (Quien la ha escuchado.) ¿Yo? Ulpiano Soto Mayor, administrador de justicia, ¿y usted?

MARGARITA.- (Evadiéndose.) Una mera coincidencia, pasaba yo por aquí. (Señalando a Catalina.) Es mi hermana Catalina.

LICENCIADO.- (Advirtiendo.) No diga más de la cuenta, todo se estipulará. (Al ayudante.) Disponga la retirada.

AYUDANTE.- (A Margarita.) ¿A nombre de quién se extiende el documento?

MARGARITA.- (Al licenciado.) ¿Se le van a llevar?

LICENCIADO.- (Que observa al alrededor.) No pensará usted que se quede para ponerla de ejemplo.

CATALINA.- Por lo menos avísenle a su mamá.

LICENCIADO.- A su debida oportunidad. (Legislando, muy insuñado.) Las autopsias se practican de las ocho de la mañana a la una de la tarde y de las tres de la tarde a las seis, día útil o feriado, en el anfiteatro del Juárez. Está fuera de tiempo, hasta mañana.

MARGARITA.- ¡Qué horrible! Le encarezco a usted mucho que le respeten sus regiones pudendas, les tuvo tanto cuidado.

CATALINA.- ¿Y se la tienen que hacer?

LICENCIADO.- (Sentencioso.) Dura lex sed legis. Pero preciso más datos. ¿Quién está por el suicidio?

MARGARITA.- Todos nosotros los de por aquí.

LICENCIADO.- ¿Se integran los elementos? (amanerado), quiero decir, ¿se ha efectuado un

acto por el que una persona se priva voluntariamente de la vida?

MARGARITA.- Yo no sé. Me supongo que así fue.

LICENCIADO.- (Describiendo con ademanes que quieren ser elegante.) Y yo me permito añadir que según la Doctrina, el suicidio en la mayor parte de los pueblos primitivos, en Roma inclusive, era un (marcando las palabras) "hecho ordinario, permitido y en ocasiones estimado como acción honrosa".

CATALINA.- (Indicadora, para exculparse.) Éste puede ser el caso.

LICENCIADO.- Ahora, que la ley es clara y precisa: salvada la laguna a la letra dice: (De nuevo legisla con pedertería y amaneramiento.) "El que indujere o prestare auxilio a otro para que se suicide, será castigado con la pena de uno a cinco años", de perdida.

CATALINA.- (En el terror.) ¡Margarita!

MARGARITA.- (Conservando la ecuanimidad.) Por favor, Catalina, domina tus nervios. (Al licenciado.) Es tan pequeña y tan débil.

LICENCIADO.- (Dejando caer la frase.) Dicen que tiene mamá...

MARGARITA.- (Impresionante.) Totalmente invalidada, pobrecita.

LICENCIADO.- (Incisivo.) ¿Motivos apasionales?

MARGARITA.- (Zafándose.) Yo no sé... Era tan independiente, tan poco comunicativa.

LICENCIADO.- (Advirtiéndole.) Vale más prevenir que lamentar. (Misterioso.) Me parece sospechosa su reserva.

MARGARITA.- (A la defensiva.) Señor licenciado, yo sólo trato de ser útil.

LICENCIADO.- (Muy claro y definitivo.) Pues entonces sepa usted que la policía cuenta con procedimientos ultramodernos que pueden hacer rendir más surtilidad.

MARGARITA.- (Temerosa.) Es que...

CATALINA.- Dilo, Margarita, de una vez, demasiado soponcio nos produjo.

ADELINA.- (Que ha estado en el balcón angustiada.) Margarita, Dios mío, cuentan de un sabio que un día...

LICENCIADO.- (Satisfecho de su victoria.) ¿Qué me habrá usted de decir, Margarita?

MARGARITA.- (Con cautela y preparando la coartada) Es que... creemos conocer el motivo de tan fatal determine...

LICENCIADO.- (Satisfecho.) Que es...

ADELINA.- (Ídem.) Le dicen el "mal de Güerter"

MARGARITA.- (Que ha fijado sus ideas.) Un amor, se enamoró perdidamente de un hombre sin oficio ni beneficio, explotador, chantajista y todo lo que usted pueda. Hoy precisamente la golpeó, le quitó su dinero y le provocó la desesperación. Ahora, muerta ella. Su pobre madre...

LICENCIADO.- (Muy investigador.) ¿Quién es él? ¿Dónde vive?

MARGARITA.- Creo haber dicho cuanto sé.

EUFROSINA.- (*Entre ellas.*) Tan lindo el Eddy, verdad.

LIBITINA.- Ay, sí que Dios lo conserve.

ADELINA.- ¡Santa Margarita, santa Margarita, tú eres nuestra agua bendita!

LICENCIADO.- (*Imperioso.*) Dígame usted quién es él.

MARGARITA.- (*Sobreactuando.*) Es que su nombre completo no lo sé. Parece que le llamaba... ¡Ramón!, (*Adelina emite una queja ahogada*), o cosa por el estilo... pero quien le puede informar mejor es su cuñada, la que vive en el 8 de nuestra casa. Ella le podrá decir dónde lo encuentra. Falta que quiera.

LICENCIADO.- ¿Su cuñada? ¿Cuñada de quién?

MARGARITA.- (*Como ausente.*) Del 8.

AYUDANTE.- (*Quedando bien con el jefe.*) Quiso decir del occiso.

LICENCIADO.- ¿Del occiso? Aquí hay occisa, femenino. Querrá decir (*deletreando*) homicida.

CATALINA.- Creo que sí, pero ya no la torture. Son once para las once.

LICENCIADO.- Está bien. Pueden retirarse. El encubrimiento en la materia, aunque se les olvidó, pero procede el 400. Rigoberto, tómales sus generales y que se vayan a su casa. Los demás me esperan en la delegación. Llévense también las veladoras, como que le dan color.

Se dirige al interior del edificio. Los ambulantes se llevan a Cuca y, al retirarse, se oye el alarido desgarrador de la madre, la que, igual que una loba herida, llora la muerte de su hija. Quedan Eufrosina y Libitina. El reloj de la iglesia marca las 23 horas. Adelina hace mutis sollozando.

LIBITINA.- (*Arreglando sus enseres para retirarse.*) Uy, ya están sonando las once. Hoy sí se no hizo tarde.

EUFROSINA.- (*Que mira para donde salieron con la muerta.*) Libitina, ¿qué le pasaría a la Cuca? ¿Viste cómo la llevaban sopesando en la camilla?

LIBITINA.- Pues qué le habrá de pasar, que se murió y la llevan a enterrar.

EUFROSINA.- (*Mecánicamente.*) ¿Con sus cuatro zopilotes?

LIBITINA.- (*Con un dejo de reproche.*) Adiós...

EUFROSINA.- Si de veras se murió, ¿por qué no la enoronaste?

LIBITINA.- ¿Para qué? Ya ves como se les sube la riqueza.

EUFROSINA.- Tan fachosos aun de muertos.

LIBITINA.- No en balde ya lo dijo el santo papa.

EUFROSINA.- ¿Qué dijo?

LIBITINA.- Pues *que aquí no pasan cosas de mayor importancia que las rosas.*

EUFROSINA.- Así es. (*Libitina inicia el mutis.*) Ya, pero no te me adelantes.

LIBITINA.- (*Al pasar por la lonchería.*) Hasta mañana doña Zakurilla, ya levante la canastilla.

VOZ DE ZAKURA.- (*Envuelta en llanto.*) Hasta mañana.

La mesera de la lonchería cierra las puertas, al tiempo que el Licenciado o Abogado sale precipitadamente diciéndole a su ayudante:

LICENCIADO.- Y en cuanto llegemos te me comunicas con los muchachos de Buena Vista. Hay que moverse, si no, se pela para que lo remesen luego, luego.

Al consumarse el mutis aparece Casi con una vela encendida; llora lastimosamente:

CASI.- (*Al público.*) Ay, ay, ay, ¡qué pena con todos ustedes! Ya vieron lo que fue sucediendo... Por más que quiera uno que las cosas acontezcan de otra forma, pero la suerte se mete y ella es la única que lo puede todo... ¡Qué desgracia, señores, qué desgracia! Se murió la desdichada de la Cuca y ni a quién le importe nada... Ojalá que ya no pase esto, ojalá que no me pase nunca semejante tristeza... que Dios no lo permita, que no lo vaya a querer... Yo, si habré de morirme, quiero importarle a todos... Ay, ay, ay...

Eddy llega, ignorante de lo que ha sucedido.

EDDY.- (*Viendo llorar a la niña.*) Oye, Casimira, ¿no se te hace una hora medio inadecuada para salir a llorar tus desventuras? ¿Qué te pasa?

CASI.- Ay, ay, ay. ¿Qué te pasa a ti, condenado? Te lo dije, te lo dije.

EDDY.- Ah, resulta el cuento conmigo. ¿Qué me dijiste?

CASI.- No te hagas... Eres un hombre sin corazón. Un correlón. ¿Por qué no te apareciste? Le echaste el toro a tu jefa, como siempre.

EDDY.- ¿Qué? ¿Cuál toro? ¿De qué hablas?

CASI.- ¿De qué he de hablar, baboso? Del suicidio de Cuquita.

EDDY.- (*Asombrado.*) ¡¿Suicidio de Cuca?! (*Con coraje.*) Volvió a hacer su payasada.

CASI.- Pero ahora le salió.

EDDY.- ¡¿Qué dices!!

CASI.- ¡Asesino!

EDDY.- ¿Adónde?

CASI.- ¡Cuánto daño le hiciste, aunque te llegues arrepentir, de qué sirve!

EDDY.- (*Exigiéndole.*) ¿Dónde está? ¡Dime dónde está!

CASI.- Ay, ya se la llevó la policía.

EDDY.- ¡Policía!!

CASI.- Completamente muerta. Ay, Eddy, Eddy, cuánto mal le originaste. ¿Para qué te pusiste a quererla si no la ibas a sentir? ¿Para qué le hiciste creer, si tú mismo no lo creías? ¿Para qué la embarcas si le fuiste a naufragar su nave? ¡Malvado! ¡Malvado! ¡Estás salado! Ojalá nunca me encuentre con una gente como tú, ojalá no me

pase, ojalá no me pase, Dios habrá de querer no me pase...

Eddy queda solo y las luces han bajado; sólo queda iluminado el balcón de la casa de Adelina. En él está ella, que ha salido tratando de prevenir al muchacho en la oscuridad.

EDDY.- (*Muy profundo.*) Aaaay... dolor tan temerario, dolor inconsiderado, más denso que las oscuras entrañas de la tierra... Ay, ay, ay, adversidad que despedaza, en vano trato de unir los rastros de mi memoria... Estéril soledad, cruenta soledad, soledad emponzoñada, he de verter mis lágrimas por toda la eternidad hasta inundar con ellas las coquedades de mis ojos. Tendré que ahogar mi corazón en el más salobre de los mares... Ay, ay, ay...

ADELINA.- (*Desde el balcón y sin ver a su hijo, muy tierna y angustiada.*) Eddy, hijo mío, sube, te espero con impaciencia.

EDDY.- (*Con amargura.*) Según es mi deber, me habré de procurar honrosa sepultura. (Mirando paral a iglesia y yendo hacia la puerta.) ¡Ábreme, Dios, tenemos un pendiente! Soy tu amigo, ¿por dónde andas? ¿Detrás de quién habitas? ¡Ya no puedo esperar!

ADELINA.- (*Ídem.*) Hijito, sube, no te vayas a caer. Todo se resolverá.

EDDY.- (*Desde las escalinatas. Gritando.*) ¡¡Tiresias!! ¡¡Tiresias!! ¡Caudillo mancillado, todos somos dignos de una lástima mayor! ¡Tiresias príncipe sin aventura, el destino te arrastra, te impulsa, te levanta, te precipita, tratará de hundirte! ¡Cuidado, Tiresias! ¡Viejo cochino!

VOZ DE HOMBRE MEDIO DORMIDO.- ¡Cállese, borracho!

ADELINA.- (*Muy dulce.*) Por favor, hijito, ahora es más oscuro, no vayas a tropezar. No me hagas ir por ti. No sé mucho acerca de la felicidad entre los hombres. Súbete.

EDDY.- (*Muy leve y tierno.*) El truco no salió, se quedó aprisionado. El truco para el cetro del rey resultó el infortunio. (*Con fuerza.*) ¡Mi padre es el truco! ¡Padre truco, padre, padre, padre... (*Ligado.*) Aaay, qué frío, qué frío, tan largo, tan lento, tan largo y tan lento, lento, lento... (*descendiendo*) como antes, desde mi cama de niño, desde el nido de amor, desde aquí, ahora mismo...!

ADELINA.- (*A punto del llanto.*) Eddy, me parece que así fue mejor. Vuelve la cara a los dioses y diles que te alejen de los malos agüeros. Conjúrate con los dioses, mi niño, ellos perdonan. Quienquiera que sea puede alcanzar a veces su favor; a lo mejor tú mismo...

Las luces han descendido. Las voces entrarán con muy diversos matices hasta quedar en oscuridad total.

VOZ 1ª.- ¡Ya hombre! ¡Que tengan buen sucesos tus desventuras!

VOZ 2ª.- ¡Peores linajes he visto desangrar!

VOZ 3ª.- ¡Aquel valeroso rey que en el baño mataron!

VOZ 4ª.- ¡Qué desastrado fin de esa familia!

VOZ 5ª.- ¿Es salvación o es ruina?

VOZ 6ª.- ¡Qué insatisfacción de la desgracia!

VOZ 7ª.- ¡No es imaginación, no es imaginación!

VOZ 8ª.- ¡Soberano Apolo, qué holocaustos los tuyos!

VOZ 9ª.- ¡Augusto Agamenón, que te mata tu esposa!

VOZ 10ª.- ¡Y luego Orestes, su hijo, alerta como un perro, y matando a su madre, ¡vaya!

VOZ 11ª.- No es imaginación. Así es con todos.

VOZ 12ª.- Ahora como siempre: esperando la señal de la hoguera para lanzar los ayes de dolor.

Eddy queda abandonado a la puerta cerrada de la iglesia.